

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

UN MEDICO ANTE EL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO EL DIA 17 DE JUNIO DE 1984,
EN SU RECEPCION PUBLICA, POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN ROF CARBALLO

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. JOAQUIN CALVO-SOTELO



MADRID, 1984

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

UN MEDICO
ANTE EL LENGUAJE

UN MEDICO
ANTE EL LENGUAJE

DE DON JUAN DE LOS RIOS
ACADEMICO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



ESTADO DE LA ACADEMIA EN 1907

Madrid, 1907

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

UN MEDICO
ANTE EL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO EL DIA 17 DE JUNIO DE 1984 EN SU RECEPCION PUBLICA
POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN ROF CARBALLO

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. JOAQUIN CALVO-SOTELO



MADRID, 1984

EDITORIAL GARSI, S. A.
Londres, 17
MADRID-28

I.S.B.N.: 84-7391-124-5

Depósito Legal: M. 18610.—1984.

Impreso en España. Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1984

Señores Académicos:

Tenemos en gallego una hermosa palabra, «ronsel». Significa la estela que un navío va dejando en el mar. Un grupo de escritores de mi generación editó en 1924, con este nombre de «Ronsel», una revista de jugoso contenido y de duración breve. *Eugenio Montes* figura entre sus redactores primeros y yo entre los últimos. Los caminos de la vida de *Eugenio Montes* se cruzaron con frecuencia con los de mi vida; cada uno trazó su surco, su «ronsel», por nuestra reciente historia. ¿Sé yo acaso si en las capas recónditas de mi amor por la literatura no sembró un refuerzo inesperado un hermoso cuento de *Eugenio* titulado *O vello mariñeiro toma o sol?* En la solana de su vieja casa contempla el marinerito el mar amigo, adivinándolo con sus ojos ciegos, mientras siente que los navíos pasan por el horizonte. Este cuento ha quedado grabado en mi memoria. Encontraba con frecuencia, en los últimos años de su vida, a *Eugenio Montes* tomando el sol en la Plaza de las Salesas, junto a su casa, acompañado de sus hijas o de amigos. Como su «vello mariñeiro». Nunca se me ocurrió poner en relación el amistoso encuentro con el relato leído en mi adolescencia. Pero ahora irrumpe terco en mi recuerdo.

Nuestras estelas, nuestros «ronseles», se cruzaron a menudo en Viena, en Berlín, en Londres. Siempre al azar, sin proponérselo. Caminar con *Eugenio Montes* por las calles de una gran ciudad era un rito que se repetía siempre con el mismo ceremonial. Hablaba *Eugenio* con entrega total al tema. De pronto chirriaban frenos, gritaban los conductores, el tráfico se suspendía por unos segundos. En los «Ring» de Viena, en la «Kurfürstendam» de Berlín, en Picadilly, *Montes* continuaba imperturbable. Sin darse cuenta de que sobrevivíamos merced al mismo milagro que permitió a los israelitas atravesar el Jordán. Angeles invisibles habían ocultado con sus grandes alas nuestro delito de romper la marcha bien ordenada de la ciudad.

Dicen las etimologías que «delirio», el delirio sagrado del poeta o el delirio no menos respetable del loco provienen de «surco», de «ronsel». Delira el que se sale del surco cotidiano, de lo establecido. Aten-

to siempre a su monólogo interior, *Montes* no paraba mientes en lo que era norma o rutina. Su estilo, en el que muchos han visto sólo la diestra mano del ornamentador de la frase obedecía, en lo profundo, a su amor por la disconformidad sin el cual no existe nunca un buen escribir. Es para mí más que un placer obedecer a esa norma que sabiamente prescribe que antes de entrar en el tema de su Discurso, el nuevo Académico rinda homenaje al que le precedió. Siento en mí ser más permanente que este homenaje es a la vez de admiración y de gratitud. Entre algunas cartas autógrafas que conservo hay una, entrañable, de *Eugenio Montes* en la que su generosidad supera a su estilo, siempre luminoso. Eran para mí horas ácidas, aunque vistas ahora desde la lejanía no tengan ninguna importancia. La intervención de *Eugenio Montes* evocando recuerdos comunes me libró de sañas rencorosas. Quede aquí constancia de que *Eugenio*, como sus amigos bien saben, además de gran escritor era un alma noble.

Pertenece *Eugenio Montes* a esa estirpe de escritores, de excepcional interés en el estudio del lenguaje que *George Steiner* ha llamado «extraterritoriales», titulado así un hermoso libro. Palabra ésta, «extraterritorial», que establece la diferencia con escritores «bilingües» que son los que escriben en dos lenguas. Hay un *Eugenio Montes* de bellísima prosa galaica y un *Eugenio Montes* de barroco estilo castellano. Me une entrañablemente a *Eugenio* haber tenido como él dos *Muttersprache*: dos lenguas maternas, el gallego y el castellano. En nuestros hogares, de niños, oíamos las cadencias galaicas que se continuaban en la calle, en las plazuelas y en las «corredoiras». En la escuela escuchábamos la palabra algo recortada y para nosotros levemente seca de la lengua de Castilla. Hay en el cuento que acabo de mencionar, *O vello mariñeiro toma o sol*, unas líneas que expresan lo que quiero decir. El viejo marinero está ciego y depende en todo de su hija Sabela, que le trata «como a un pequerrecho», como a un pequeñuelo. Su voz tiene «o vagariño compás d'un berce». Esto es, el ritmo sosegado de una cuna.

Escribe *Montes*: «A voz de Sabela arrolaba as verbas de xeito que calquera cousa semellaba sempre un 'Durme, meu amante - sinon ven o diaño'» (*).

Arrolaba as verbas. Este verbo gallego «arrolar», esto es acunar, evoca el rodar suave de las olas y el susurro de las aves. Las palabras,

(*) «La voz de Isabel mecía las palabras de manera que cualquier cosa parecía siempre un "duerme, mi niño, que si no viene el demonio".»

«às verbas», al nacer de nuevo en cada hombre tienen que ser acariciadas con la dulce cadencia con que lo hacía Sabela.

En una reunión que se celebró en Berna, hacia 1965, sobre el tema de «La esencia del lenguaje» (*Von Wesen der Sprache*), *Paul Zinslin* habla del *Muttersprache*, del lenguaje maternal y del lenguaje de la madre. Y de un libro así titulado cuyo autor *Georg Schmidt-Rohr* sufrió trágico destino precisamente por sostener que esa primera lengua que nos acuna, que nos «arrola», decide la forma de nuestro sentir y de nuestro pensar. Esto es, la tesis que recorre la historia moderna del lenguaje, desde *Herder* y *von Humboldt* hasta *Cassirer*, pasando por un médico, *Binswanger*, y por esa figura fabulosa, lógico y místico a la vez, que fue *Ludwig Wittgenstein*. Y del cual no está de más recordar que aparte de su condición de influyente filósofo fue el Mecenaz que, en forma tan anónima que aún hoy casi nadie lo sabe, ayudó a dos grandísimos poetas, a *Rilke* y a *Trakl*, a subsistir económicamente, después de la primera gran guerra. Sus últimos escritos, *Consideraciones misceláneas*, que sus admiradores nos pasamos en fotocopia, secretamente, tienen una sorprendente densidad religiosa.

Afirmar que la lengua *nos hace* era, en la Alemania hitleriana, un gravísimo pecado. Pues si así fuese los judíos, que tienen como habla materna el alemán, habrían de ser considerados como germanos. Intolerable hipótesis que llevó a *George Schmidt-Rohr*, autor del libro *Muttersprache - Mutter Sprache* (Lenguaje materno, lenguaje de la madre), a su destino fatal.

Entre la ternura de las Sabelas que seguían cuidando a ese viejo marinero que era *Eugenio Montes* por la madrileña Plaza llamada hoy de París y la crueldad racista en la que nos tocó vivir breve tiempo a *Montes* y a mí, como si estuviésemos en las nubes, había un nexo. Dice en un hermoso libro titulado *El olvido del aire* una pensadora francesa, heideggeriana por más señas, *Luce Irigaray*: «El lenguaje, el más peligroso de todos los bienes, ha creado los dioses, pero puede también destruirlos...». Con aire no tan distraído como podía parecer, en el fondo conmovidos, asistíamos *Eugenio* y yo a la creación de los demonios.

Estos dos *Eugenio Montes*, el sobrio lírico gallego y el gran manirista de las crónicas admirables se distinguen hasta por la caligrafía. En una carta a *Teixeira de Pascoaes*, fechada «no once da Vendimia de 1923» y escrita en gallego, su letra es vigorosa, con pilares fuertes, recios, verticales, además de los signos clásicos de separación frecuente, entre las letras, que para los grafólogos señalan la intuición. En sus

cartas en castellano la intuición subsiste, pero las arcadas, ya un poco más inclinadas, apuntan a la sociabilidad y a la lógica.

En gallego *Montes* escribió versos enjutos, poemas sencillos como canciones infantiles, romances, esto es lo que, como sabéis mejor que yo, es el logro más difícil de toda la poesía. Me recuerdan el cambio brusco del empaque solemne de las *Elegías*, de *Rilke*, cuando se remansa en la brevedad cristalina de los *Poemas valesianos*. Es curioso que el hermoso libro de *Montes*, *Melodías italianas*, tenga como final y más garbosa cima la crónica que dedica a *Gracián* en Italia. Yo también, al igual que *Montes*, he amado a *Gracián*. Mucho antes de que nos descubrieran los estudiosos que el manierismo no es un vicio del arte, sino el espejo del drama del hombre, al querer expresar en un solo impulso y sin perder nada, las contradictorias tensiones de la existencia, los escritores y los artistas gallegos hemos amado el barroco y ese buen manierismo, que en el fondo asoma en todo arte, incluso —¡que nadie se rasgue las vestiduras!— allá donde la escultura enciende sus dulces auroras, en las Kores de la Grecia arcaica.

Se nos dice en el libro de versos *Tres cás o neto* (1930) que son canciones que dos gallegos nostálgicos cantaban en París, en el *faubourg* de Saint Jacques, con la intención, a la vez piadosa y un poco desmesurada de que allí, bajo la advocación del Apóstol Santiago, volviese a crecer la hierba en el asfalto.

Un día me encontraba yo con mi familia en un hotel de Londres y el camarero, irreprochable en la indumentaria y hablando un inglés perfecto, entró con el desayuno. Curioso le pregunté si era español. Me contestó: «Soy gallego y he nacido en la provincia de Orense, en Bande». En ese momento sonó el teléfono. Abajo, con un amigo de los dos, *Alvaro Gil*, estaba *Eugenio Montes*, que regresaba de un viaje al sol de media noche. «¿Pregúntale a *Montes* si es de Bande?», dije, como saludo, sin pensar en otra cosa. «¡Claro que sí!», me respondió mi amigo, asombrado de mi precipitación. Desde ese momento comprendí que algo más que la amistad y que el amor por la literatura nos unía a *Eugenio Montes* y a mí. Puesto que si las «meigas» de Galicia se llevaban tan bien con las brujas celtas, en Londres, necesariamente un vínculo secreto se había establecido con firmeza, desde ese mismo instante, entre un gran escritor orensano y un médico lucense. Fuerza misteriosa que no ha tenido «acougo», como decimos en gallego, que no se ha permitido reposo hasta que me ha traído aquí, con vuestro honorosísimo beneplácito, a deciros algo de cómo ve el lenguaje un médico, siempre en honor del gran escritor desaparecido.

No puedo concluir estas harto someras consideraciones sobre mi predecesor en esta Real Academia Española sin rendir homenaje a su extraordinario talento de periodista. Oficio que amo casi tanto como al de médico, pues entre linotipias discurrió algún período de mi juventud, cuando acompañaba a mi padre, al final de la tarde, a cualquiera de los diversos periódicos coruñeses. *Montes*, como recuerda *Marino Gómez Santos*, tenía la rara cualidad de dictar sus crónicas a veces directamente «a las máquinas» o al teléfono. *Joaquín Calvo Sotelo* sugiere que su famoso artículo sobre la muerte de Dollfuss, que le valió a *Montes* el «Premio Mariano de Cavia», fue dictado telefónicamente. Fui testigo de la llegada a Viena, al día siguiente del asesinato del Canciller austríaco, de dos grandes periodistas españoles, amigos míos, los dos gallegos. *Augusto Assía*, que traía en el bolsillo por artes misteriosas una dirección que ni siquiera conocía la Policía secreta de Viena, la de los jefes de la oposición socialdemócrata, y *Eugenio Montes*, que desde un café situado ante la Opera avizoraba los acontecimientos. Sentía en los tuétanos toda la trascendencia histórica del momento que supo trasladar a bella prosa. Giraba entonces, en aquellos días, 180 grados la historia del mundo.

Y para decir aquí qué gran periodista fue *Eugenio Montes*, ¿qué mejor elogio que la frase de un gran escritor gallego, amigo de los dos, de *Vicente Risco*, frase que cita *Joaquín Calvo Sotelo* en su discurso de respuesta a *Montes* el 22 de enero de 1979 en este mismo salón. Decía *Risco* que el estilo de *Montes*, a diferencia de otros, que son «como trozos de roble seco que se llevan a la chimenea», era «igual que el del roble entero, desde la raíz profunda, con la copa escarchada de trinos». Ninguna frase mejor para abochornar a quienes piensan que el oficio de periodista o que la obra de *Montes* se mueve en las esferas—también literariamente muy estimables—de la frivolidad. Una firmeza especial, de viejo roble de nuestra tierra, se respiraba a su lado, una grave nostalgia y melancolía ascendía de toda su persona que no llegaba nunca a disipar del todo la algarabía saudosa o romántica de sus metáforas.

La personalidad de *Eugenio Montes* tenía múltiples aspectos. Los que le inscriben en nuestra más reciente historia, situándole «en el espacio político y cultural» de nuestro tiempo, han sido dibujados de mano maestra por don *Jesús Aguirre* y *Ortiz de Zárate*, *Duque de Alba*, en su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando (15 de marzo de 1984) en la hermosa semblanza que hace de su predecesor.

De lo primero que ha de ocuparse un médico que se interesa por la lengua es del camino que en la evolución de las especies ha llevado hasta el habla. Tema que voy a permitirme dejar de lado por corresponder a la Antropología y a la Biología comparada. Recordaré tan sólo que los australopitecos no tienen capacidad verbal importante y que en el hombre de Neardenthal falta la emisión de ciertos sonidos imprescindibles para el lenguaje humano. Las nuevas ideas sobre la evolución del lenguaje suponen un curioso proceso anatómico. El descenso de la laringe y el cambio radical de la forma de la arcada dentaria son etapas imprescindibles. Se producen además otras modificaciones que van dando a la bóveda del paladar una mayor profundidad e inducen cambios en la lengua que en conjunto vienen a representar la construcción de un espacio amplio, adecuado a la resonancia de la voz, como ocurre en el interior de una catedral preparándola para el canto litúrgico.

Todo esto no sería suficiente si no se produjesen en el hombre, a diferencia de lo que ocurre en los antropoides, modificaciones muy sutiles en las estructuras de las cuerdas vocales. Es interesante observar que las fibras musculares de estas cuerdas vocales se parecen a las fibras musculares del corazón, cosa que sé agrada a los poetas que me escuchan. Cuando el enamorado da más fuerza a la expresión de sus sentimientos asegurando que sus palabras salen del corazón, no emplea una metáfora disparatada. Músculos de la laringe y músculo cardíaco se parecen en la riqueza de su sarcoplasma y aunque éste ha sido tema muy debatido, los estudios hechos por *Clouser* con el microscopio electrónico apoyan esta tesis de *Goerttler* vinculando histológicamente el corazón con nuestro aparato fonético. También ha sido cuestión discutida el que la inervación de las cuerdas vocales guarde relación con los complicados mecanismos que sirven para inervar el músculo cardíaco. En cuanto a la posibilidad de hacer que los primates más desarrollados aprendan algo del lenguaje humano, hemos de ver que esto no se consigue más que en forma harto insuficiente por la imi-

tación sonora. Para obtener algún resultado estimable es menester emplear los gestos, es decir el lenguaje de los sordomudos.

En algún trabajo mío me refiero a los fascinantes y bien conocidos estudios de *Lilly* con el lenguaje de los delfines. No voy a volver ahora sobre tema tan divulgado. Sí he de señalar que la aptitud maravillosa de este grupo de mamíferos, ballenas y delfines, para una comunicación con otros seres, está íntimamente ligada al desarrollo cada vez más complejo de un órgano que, en principio, no parece tener que ver con el lenguaje que es *la mano*. La posición de pie, induciendo un desarrollo extraordinario de la fina motilidad de la mano guarda biológicamente una secreta correspondencia con el lenguaje. Así, cuando hablamos metafóricamente de «manipulación» refiriéndonos a una influencia sobre nuestros semejantes con el lenguaje, estamos aludiendo con esa misteriosa sabiduría de la etimología a los vínculos arcaicos que ligan, desde el punto de vista anatómico y fisiológico, a los centros del lenguaje con la destreza manual. La mano y la laringe guardan misteriosa amistad que se remonta a millones de años y con la que se ha construido el mundo de la cultura. Biólogos como *Portman* atribuyen el colapso súbito que sufre la evolución del lenguaje en los delfines al escaso desarrollo de sus aletas anteriores que son en ellos el equivalente de nuestras manos.

Me doy cuenta de los mil problemas que estas palabras mías habrán evocado en vuestros recuerdos y como no puede ser mi propósito escribir un libro sobre el lenguaje desde el punto de vista del biólogo, he de limitarme a un tema muy concreto de la experiencia clínica. Todos sabemos que los problemas del lenguaje, en especial del lenguaje poético o del lenguaje literario, se agudizan cuando se pretende la traducción de un idioma a otro. Para el médico hay una «traducción» que es de importancia capital. ¿Cómo traduce el ser humano sus emociones en variantes de la inervación de sus vísceras?

Las perfeccionadísimas técnicas actuales nos permiten adherir a la piel de un paciente, durante las veinticuatro horas del día un aparatillo que emite información, que se registra a distancia y que refleja la frecuencia de los latidos cardíacos, las modificaciones de la tensión arterial e incluso el trazado electrocardiográfico. Así podemos observar, por ejemplo, que una enfermera que a ello se presta y que padece hi-

pertensión, aun cuando impávida nos relata que ha sido atacada por una enferma durante la noche y que no ha sentido miedo alguno, los trazados gráficos nos enseñan que ha experimentado un ascenso muy considerable de su tensión arterial. El aparatillo registrador es mejor traductor de la intimidad de la enfermera que su lenguaje.

Muchas veces he hablado de la primera relación del niño con la madre en lo que he denominado «urdimbre constituyente», que viene a representar una «segunda fase embrionaria», como un segundo útero, un útero social, en los primeros tiempos de la vida. Una serie de trabajos nos indican que en esa primera fase el niño va construyendo lo que los médicos llamamos «esquema corporal». En el cual, de nuevo, la relación boca-mano es básica, primordial. Los psicoanalistas primero y después los psicólogos, con fotografías tomadas a la milésima de segundo o con films, demuestran que a través de ese proceso misterioso que es el juego, el niño va convirtiendo sus primeras angustias en «símbolos» e incorporando así, mediante el *mundo de los símbolos*, su pequeño ser al mundo de los mayores, esto es a la estructura social.

Paulatinamente se va constituyendo de esta suerte una dualidad de mundos, un *mundo de dentro* y un *mundo de fuera* y realizando ese aprendizaje, primordial para el hombre, de distinguir entre símbolos y objetos, entre signos y realidades. Es en el curso de este proceso de aprendizaje de los *límites* del propio ser, del esquema corporal, de la mismidad incipiente y ya firme, donde va insertándose el aprendizaje de la lengua. Estudios de todo tipo, psicológicos y experimentales han documentado este proceso. Por de pronto, los médicos observamos que todo ese vasto mundo de emociones que fluye, calmo o tempestuoso, a lo largo de la vida del hombre nunca se convierte en su totalidad en símbolo o en palabra, ambos más o menos «neutros». Las experiencias que hacemos con las terapéuticas por relajación muscular nos enseñan hasta qué extremos increíbles nuestros pensamientos y nuestras emociones tienen siempre un «lenguaje escondido». Que determina hábitos de reacción, inveterados, tenaces, tanto en los vasos arteriales como en los músculos de las vísceras y en los propios sistemas de células que sirven para defendernos de los agentes nocivos. Esta es una de las bases de la llamada «Patología psicosomática», la insuficiencia de una traducción del lenguaje de las vísceras al lenguaje de los símbolos y de la palabra. Las primeras huellas de nuestra relación con los demás hombres son decisivas en la configuración de nuestra «aptitud traductora», de nuestra capacidad para pasar de un lenguaje a otro. En fin de cuentas muchas enfermedades bien conocidas, por ejemplo, una escler-

rosis de las coronarias o un asma o una úlcera gastroduodenal, tienen como uno de sus sustratos, junto, claro está, a otros factores, como base de su aparición una traducción defectuosa, un defecto en el acertado manejo del «lenguaje del cuerpo».

Desde muy temprano en mi vida de médico me he encontrado forzado a discurrir por los vericuetos del lenguaje. Reconozco que no es prudente hablar ante vosotros, árbitros supremos de la lengua, de enrevesadas cuestiones que procedentes de las remotas comarcas de la Medicina tengo la osadía de pensar que pueden interesaros. El lenguaje es para los médicos nuestra principal arma para averiguar la verdad de los enfermos, incluso la más escondida, la que ellos mismos no conocen y además es un instrumento imprescindible para curarles. De manera muy curiosa, por mecanismos sutiles que sólo hoy empezamos a entrever (*).

Permitid que recuerde aquí algo ya mencionado en distintas ocasiones. Hace ya bastantes años se reunieron tres especialistas: un psicoanalista, un sociólogo y un lingüista ante una cinta magnetofónica en la que se habían registrado los primeros cinco minutos de conversación entre un médico y un enfermo. Incansablemente, durante muchas sesiones, con la colaboración de ayudantes y expertos pasan y repasan esta grabación. La analizan microscópicamente. Al cabo de muchos meses trasladan lo observado a un curioso libro. Curioso no sólo por su contenido, sino, además, por su inusitada estructura tipográfica. Sus páginas están seccionadas en la mitad por un corte horizontal. Quedan así como esas puertas llamadas «holandesas» que existen en casi todos los ca-

(*) El lenguaje en la relación entre el médico y el enfermo es un problema que rebasa el alcance de este **Discurso**, cuyo propósito es el de limitarme a algunas notas de mi experiencia personal como médico «ante el lenguaje». La relación médico-enfermo y el tema, más amplio, del encuentro interhumano, cuestiones de gran envergadura, han sido tratadas de manera magistral por el presidente de esta Real Academia Española en sus libros, principalmente en **La historia clínica** (Salvat, 1961), **Teoría y realidad del otro** (Madrid, 1961), **Antropología de la esperanza** (Madrid, 1977), **El diagnóstico médico** (Barcelona, 1982) y en diversos lugares de su gran obra en siete volúmenes **Historia universal de la Medicina** (Salvat, Barcelona, 1975).

Una pequeña contribución al tema del «encuentro» figura en mi libro **El hombre como encuentro** (Alfaguara, Madrid, 1973).

seríos del Norte de nuestra patria, como una hoja superior y otra inferior que se pueden abrir y cerrar de manera independiente.

En la hoja superior se transcribe primero el texto de la frase que se ha dicho por cualquiera de los interlocutores, ante todo en caracteres corrientes, luego en reproducción fonética, tal como se pronuncia en inglés. Por encima de estas dos líneas se registran con signos convencionales los «elementos paralingüísticos» de ese lenguaje entre médico y enfermo. Pausas, suspiros, tonalidad de la voz, ritmo de la elocución, vacilaciones, énfasis, subrayado pedante de la expresión, agresividad velada, ansiedad, etc.

El resultado de este análisis microscópico es aleccionador, pero demasiado complejo para poder resumirlo en este lugar. De él se desprende que nuestro individualismo, que tiñe toda nuestra cultura, impregna también el vocabulario técnico, cualquiera que sea la cuestión que se disputa. Esto vuelve difícil la tarea de averiguar lo que transpira del intercambio comunicativo entre dos personas. Ansiedad y depresión son, por ejemplo, términos que giran alrededor de esa situación del hombre como ser aislado; en la relación con el otro aparecen términos como hostilidad, miedo o amor. Los esfuerzos de interpretación tienden a degenerar en una serie oscilante de afirmaciones sobre cada uno de los participantes.

Este libro, *The first five minutes*, escrito por los psiquiatras *Pittenger* y *Danehey* y por el profesor de lingüística y de Antropología *Charles F. Hockett*, ya es antiguo. Se refiere a estudios realizados en 1957 y publicados en 1960. En estos veinticinco años los estudios lingüísticos y la Semiología han hecho avances considerables. Esto, no obstante este libro, continúa siendo, en mi entender, una joya, clave para desentrañar la actitud profesional del médico ante el lenguaje.

El texto que sirve para el análisis reproduce las frases más triviales del primer encuentro entre un médico y un enfermo. «¿Quiere usted sentarse? ¿Qué es lo que le trae por aquí?», etc. Pero el análisis insistente, tenaz, realizado por varios equipos, del que yo ahora llamaría «estrato fisionómico» del lenguaje y que los autores califican de *zona paralingüística* suministra una ubérrima cosecha de datos. El colorido emocional de los fonemas, su tonalidad, las pausas, los carraspeos, vacilaciones, suspiros, etc., además de enmarcar, como ya dije, al sujeto dentro de una cultura determinada, nos muestran de manera «microscópica» unas pulsiones profundas de ansiedad, de depresión, de agresividad latente, de confianza o de desesperación.

Quizá hoy habría que modificar alguna de las conclusiones que en-

tonces sacaron los autores de este estudio. Pero continúa siendo válido que todo lo que el hombre comunica sobre sí mismo o sobre los demás concierne a sus problemas más profundos y no sólo a la situación actual. Observemos que en este nivel fisonómico de la comunicación no rige el principio aristotélico del tercio excluido, es decir, el principio de contradicción. Como vamos a ver en seguida qué ocurre con el que hoy se llama «lenguaje del hemisferio cerebral no dominante». Es decir, se demuestra que el enfermo, en este profundo plano, puede sentir al mismo tiempo amor y aversión por su prójimo o profesar ideas que en el lenguaje superficial serían incompatibles o antagónicas.

En ese plano paralingüístico el individuo siempre expresa sus actitudes profundas hacia el prójimo, su necesidad de estima, de autoafirmación, de poder, su miedo a la inseguridad. Ya desde sus primeras palabras se manifiesta en él, cuando se hace el análisis fonético de todo ese «halo» que acompaña al lenguaje y que el psiquiatra *Kretschmer* denominó con acierto «esfera», ese anhelo profundo a revivir la protección primera y que los profesionales del psicoanálisis han estudiado con gran virtuosismo como «transferencia afectiva».

Este trabajo de *Pittenger* y de sus colaboradores olvidado por razones muy curiosas y en las que no voy a entrar, quizá por la boga de lo que se llama «textualismo», que niega en el lenguaje todo el poder de lo inefable, podría ser sometido a diversas «lecturas».

Limitándome al campo estrictamente médico anticiparé, pues he de volver sobre ello, la iluminación que este precioso estudio del lenguaje médico recibe en la actualidad, tras un cuarto de siglo, de los siguientes campos de la investigación.

El primer enfoque nuevo es el que nace del énfasis actual sobre la llamada «asimetría funcional del cerebro» que nos explica la vigencia constante de estas capas fisionómicas de todo diálogo. En segundo término el conocimiento, gracias a los modernos estudios de psiconeurobiología de lo que podíamos llamar «pluralidad de conciencias», esto es, del hecho de que aun en el lenguaje y en la actividad más cotidiana y vulgar están funcionando en muchas ocasiones no *una sola* forma de conciencia, sino otras, las denominadas por los especialistas «formas discretamente alteradas de la conciencia».

Por otro lado, la invasión en avalancha del mundo de los ordenadores electrónicos, que a primera vista parecen eludir todas esas capas fisonómicas del lenguaje para dejar éste reducido a un simple «texto» informativo, de manera paradójica nos han llevado a reconocer que no

sólo la conciencia del hombre, sino también su inteligencia, es «plural». Por no citar más que un autor, *Gardner*, sabemos que pueden distinguirse seis tipos de inteligencia con sus lenguajes correspondientes: el lógico, el matemático, el musical, el del espacio, el lenguaje del cuerpo que quizá culmina en el lenguaje de la danza y el que mi maestro, *Victor v. Weizsäcker*, denominaba lenguaje «pático», es decir, el del entendimiento emocional consigo mismo y con los otros. Pienso que todavía hay más. Es curioso que la intervención de las máquinas en el lenguaje humano, en lugar de empobrecerlo como temíamos, haya despertado, por decirlo así *por reacción*, un viejísimo saber: el de la riqueza inmensa de los estratos profundos de la lengua.

No se trata en estas cuestiones de temas teóricos, sino que también tienen gran importancia en la clínica. Hay especialistas del corazón que pretenden que un análisis fonológico de una cinta en la que se ha grabado el lenguaje del enfermo puede tener tanta utilidad como el electrocardiograma para avisarnos del riesgo que éste tiene de sufrir a breve plazo un nuevo infarto de miocardio. Son experiencias todavía en sus inicios, pero que algún día demostrarán en la clínica su gran utilidad.

4

Voy a intentar ahora, para penetrar en este intrincado laberinto del lenguaje, contar algunas de las peripecias de mi vida profesional. Muy pronto en mis estudios entré en contacto con lo que arbitrariamente voy a llamar *escenarios médicos*. Escogeré únicamente, para mayor sencillez, tres de ellos, los más importantes: el *escenario histriónico*, el *escenario del vacío* y el *escenario de la frontera y del delirio*.

Durante una época de mi vida fui alumno del profesor *Guillain*, distinguido neurólogo, en el vetusto y prestigioso hospital parisino de la Salpêtrière. Un gran cuadro a la entrada del aula recordaba que allí se habían dado las famosas lecciones de *Charcot*. Lecciones teatrales, si las hubo; lecciones «escénicas». Tanto, que muchas veces acudían a ellas, en las primeras horas de la madrugada, tras la juerga nocturna, junto a los alumnos forzosamente madrugadores, encopetadas damas de grandes sombreros y lujoso atuendo. Imaginad a Odette de Crecy, el delicioso personaje creado por Marcel Proust, con cualquiera de sus amigas, sentadas en los bancos del aula médica contemplando el espectáculo.

El profesor, con su bata blanca y el martillo de reflejos en la mano, mostraba a sus alumnos a una pobre enferma que sobre la mesa de exploración traza con su cuerpo en el aire un arco de círculo, apoyada tan sólo por los pies y la cabeza, como si fuese un funámbulo consumado. Era la presentación ante la sociedad de comienzos de siglo de la llamada «histeria». Yo no fui, naturalmente, discípulo de *Charcot*, pero sí estudiante de Patología general con *Roberto Novoa Santos* en el viejísimo Hospital de los «Reyes Católicos», en Santiago de Compostela. *Pedro Lain* ha trazado alguna vez el retrato del gran clínico gallego, hombre de mediana estatura, tez oscura, con un mechón de pelo entrecano cayendo siempre sobre la frente. En la ciudad levítica que era entonces Santiago de Compostela osaba desafiar como librepensador la fanática ortodoxia que entonces muchos tomaban por espíritu religioso. Su sombra se deslizaba en las noches lluviosas, fugazmente, por los oscuros soportales como un personaje híbrido de sabio novecentista y de mago que parecía haber surgido de las viejas callejuelas del *Hadschrin* de Praga, conocedor a un tiempo de la Patología más moderna y de los secretos arcanos del Golem. Cuando en mi casa, por una afección afortunadamente trivial, se decidió que mi madre fuese a visitarle nos miró un poco espantada. Y sólo después de presignarse devotamente accedió a hacer el viaje, entonces larguísimo, desde La Coruña a la ciudad de las peregrinaciones cosmopolitas.

Era un maestro de condiciones excepcionales. Utilizaba aquellas mismas histéricas con las que *Charcot* daba sus teatrales lecciones para enseñarnos Patología general. Las enfermas que habían subido desde la barriada del Sar o venían cabalgando desde las aldeas vecinas, con una parálisis o con una mudez aparecida de pronto, no viendo a veces del mundo más que la mitad por presentar un trastorno que los médicos llamamos hemianopsia histérica, o bien con temblores o con vómitos, eran para *Novoa Santos* un precioso instrumento para introducir a los inexpertos estudiantes en el mundo fascinante de la clínica. Sin decírnoslo, nos iba mostrando que el cuerpo humano «tiene un lenguaje»; que muchas veces, con la enfermedad, el ser humano «quiere decir algo». Aprendíamos a la vez a diferenciar lo que entonces llamábamos enfermedad «real», auténtica, de la enfermedad «fingida», aunque bien nos dábamos cuenta de que este fingimiento era absolutamente involuntario.

Descubrir que una anestesia, que una pérdida de la sensibilidad de una parte del cuerpo o que una ceguera de la mitad de la retina

eran «falsas» era cosa bien sencilla. El saber del cuerpo, cuando éste lo maneja con engaño, es «demasiado perfecto». En los enfermos que lo son «de verdad» la línea que demarca la pérdida de sensibilidad no se detiene junto a la mitad exacta del cuerpo, sino que rebasa la línea media. Otro tanto ocurre con la ceguera falsa, que ignora que el punto central de la retina, que es el que nos sirve para ver con precisión, recibe su inervación de los dos hemisferios cerebrales. Sucede aquí lo mismo que con los escritores o con los pensadores demasiado perfectos. Es aconsejable poner en tela de juicio la verdad cuando se nos brinda en esquemas irreprochables.

Aquellas histéricas o enfermas así llamadas, pues, como vamos a ver, la cosa es mucho más complicada, fueron desapareciendo del horizonte médico. Cuarenta años más tarde unos clínicos norteamericanos, aunque de apellidos con resonancias griegas o semitas—ya veremos que esto no es cuestión baladí—, desentierran los protocolos de las enfermas de *Charcot*. ¿Con qué objeto? En el fondo, con una finalidad también *teatral*. ¿Qué es lo que había ocurrido en el transcurso del tiempo? Nada menos que lo siguiente. Un buen amigo mío, *Pierre Marty*, jefe de un grupo de psicoanalistas franceses de la llamada «escuela de París», había hecho un descubrimiento sorprendente. Eran todos ellos médicos consagrados a la Patología psicósomática, sobre la cual vengo publicando libros y trabajos desde el año 1949. Se trata, en síntesis, en esta Patología de mostrar ante el escepticismo recalcitrante e irreductible de la mayoría de los médicos que eso que llamamos «psique», o al menos lo que calificamos de «emociones», intervienen en todo enfermar humano, unas veces produciéndolo, otras agravándolo. Ahora bien, hay algunas enfermedades en las que esto aparece con más evidencia que en otras y por esto de manera harto equívoca, pero pertinaz, se las distingue como «enfermedades psicósomáticas». Entre ellas tenemos las úlceras gastrointestinales, muchas enfermedades de la piel, ciertos reumatismos, el asma bronquial, la hipertensión llamada esencial, la angina de pecho y una grave enfermedad intestinal conocida como colitis ulcerosa. Amén de otros muchos trastornos no siempre livianos como la jaqueca, las molestias funcionales del intestino, los espasmos del esófago, determinadas formas de delgadez esencial, esto es, sin causa aparente, y no pocos disturbios en el juego habitualmente bien ajustado de los bronquios o de los vasos periféricos.

La «escuela de París» sostiene que estos enfermos, cuando se aprende a escucharlos, es decir, cuando se considera «su lenguaje»,

hablan de otra manera que las demás personas. Si los enfermos patéticos y un poco histriónicos que veía *Charcot* ostentaban una rica expresividad, lo que significa que tenían un lenguaje del cuerpo abigarrado y prolijo, estos enfermos de nuestro tiempo son de expresividad parca, paupérrima. Con el paso de los lustros observamos que aquellos pacientes de *Novoa Santos* y de *Charcot*, tan locuaces con su cuerpo, hablan ahora con un lenguaje carente de fantasía, de colorido verbal, empobrecido.

Si hablan así es porque también piensan de distinta manera. Si son torpes e inhábiles para expresar sus emociones es porque tampoco son capaces de sentir las en toda su matizada riqueza, en su plenitud, porque su vida de fantasía o de imaginación en esa capa profunda que los psicoanalistas llaman «fantasmática», creadora de símbolos, es paupérrima. Estos pacientes sufren, en suma, de lo que mis amigos denominan «pensamiento operatorio». Tienen, en efecto, sorprendente incapacidad para describir sus emociones y dan respuestas inadecuadas cuando se les pregunta. Por ejemplo, no son capaces de llamar «miedo» a lo que sentimos cuando un vehículo se precipita sobre nosotros. Muestran gran dificultad para comunicar con el observador y tienden a actuar más que a pensar. Sus pensamientos se limitan a minucias sobre acontecimientos externos y nunca se refieren a lo que llamamos «vida interior». Sus sentimientos carecen de expresividad, en sus frases echamos de menos fantasías de colorido más o menos vivo, suscitadas por las peripecias de sus recuerdos o de su vida. Lo que ahora más nos interesa es su carencia de vocabulario para expresar lo que sienten en su intimidad o en su interior corporal, esto es, la deficiencia del lenguaje que antes he llamado «pático». No aciertan a decir con claridad qué sensaciones tienen en la cabeza o en la parte alta de su abdomen, o si se trata de dolor, de displacer o de vacío.

Hace ya algunos años encontré a *Pierre Marty* en Madrid en una reunión de psicoanalistas y le dije que sus ideas estaban dando la vuelta al mundo. Mi amigo, por naturaleza muy modesto, quedó muy sorprendido porque en este momento no sabía el alcance que habían tenido sus tesis. Lo cierto es que un año más tarde este problema del llamado «trastorno operatorio del lenguaje» comenzó a ser discutido en Congresos en todo el mundo como cuestión cardinal, como el corazón («core») de toda la Patología psicósomática. Desde Londres a Kioto, por todas partes brotaron como setas investigaciones sobre este *pensée opératoire* que ha llegado a constituir capítulo preferente

e inexcusable de todos los *Tratados* modernos de *Patología psicósomática* y a motivar terapéuticas (de enfermedades habitualmente consideradas como somáticas) que están fundadas en la aspiración a modificar en su raíz profunda este «trastorno del lenguaje».

Sifneos y *Nemiah*, los clínicos norteamericanos antes aludidos, habían encontrado para este disturbio un bonito término griego. Cuando los médicos inventamos una palabra griega para designar una enfermedad ya no hay nada que hacer. Por lo general, etimológicamente, la construcción de estos neologismos científicos deja mucho que desear. Pero esto poco importa. La cuestión es que en todas partes, por todo el mundo comenzó a hablarse de *alexitimia* como clave del «fenómeno psicósomático», es decir, del pensamiento operatorio. *Alexitimia* quiere decir incapacidad para expresar con el lenguaje lo que suele llamarse mundo emocional.

He de confesar aquí que a pesar de mi amistad y de mi admiración por la obra de *Pierre Marty* nunca he podido convencerme de la realidad de este «pensamiento operatorio», pues, pese a mis esfuerzos, no lograba observarlo en mis enfermos. Desde la adolescencia fui uno de los más empedernidos y golosos admiradores de la obra de *Marcel Proust* y he escrito no pocas páginas sobre sus escritos y sobre su asma como prototipo de una enfermedad psicósomática. De lo último que se puede acusar al delicioso prosista francés es de incapacidad fantasmática y de penuria verbal cuando trata de dar expresión a sus emociones. Lo mismo ocurría con miles de enfermos míos, aunque no tuviesen la alcurnia literaria del autor de *A la sombra de las muchachas en flor*.

Todo esto representaba para mí, como ustedes pueden comprender, una crisis personal grave. Haberme ocupado de los problemas psicósomáticos durante cuarenta años y haber dejado sin observar algo tan importante como este trastorno verbal y del pensamiento era una omisión, un imperdonable descuido. Un día, encontrándome en París, unos amigos me acompañaron a una sesión clínica de un discípulo de *Pierre Marty*. Se celebraba en un aula oscura, en un semisótano de un viejo hospital. El ambiente se me antojó tétrico. El médico ocupó su sitio, al lado de la enferma, un poco—así al menos lo vio mi fantasía—como un inquisidor español. La paciente, que aquejaba, entre otras vagas molestias, una vulgar jaqueca, empezó a contar con volubilidad su vida. El médico guardó silencio, ese terrible silencio «técnico» del psicoanalista. Poco a poco el torrente de palabras de la enferma se extinguía hasta que sufrió grave quebranto, que-

dando reducido a un balbuceo. Sorprendida de no encontrar eco, sintiéndose observada fríamente desde los bancos del aula por unos individuos tan silenciosos como su médico, comenzó a responder con frases breves y entrecortadas justo lo preciso. Sus palabras se volvieron de pronto inexpresivas, sin colorido emocional. Parecía recurrir, como un animal acorralado, a unas pautas arcaicas de comunicación. Entonces, efectivamente, la enferma empezó a hablar con arreglo a todo lo que yo había leído que era el «pensamiento operatorio».

Desde mi asiento, en la penumbra inhóspita del aula, me preguntaba: «¿No será todo esto un *artefacto*, una producción artificiosa de un tipo especial de lenguaje?». Pero yo mismo, crítico, me contesté: «Tiene que haber algo más. Si sólo fuese esto, ¿por qué las locuaces enfermas histéricas de otros tiempos, sometidas a igual técnica de interrogatorio, respondían de otra manera?».

Para averiguar lo que en realidad sucedía hice lo posible por «salir de la escena». Yo estaba dentro de ella, sin darme bien cuenta, «dentro de un escenario» como un aprendiz. Como lo estaba, también sin darse cuenta, el doctor *D'Uzan*, que con habilidad dirigía la sesión. Como lo estuvieron en sus épocas respectivas el propio *Charcot* y mi maestro *Novoa Santos*. Lo que ocurría es que ninguno de ellos había aprendido una cosa que hoy es imprescindible en todo buen juego intelectual. Algo que es difícil y para muchos de nuestros contemporáneos imposible. Y que, sin embargo, resulta tan sencillo: salir del «escenario» dando «un paso atrás». Es un ardid parecido al que utiliza el pintor para contemplar el cuadro en el que trabaja. Si yo acertaba a proceder así, si conseguía «salirme de la escena» dentro de la cual todo me forzaba a meterme: educación, formación médica, lecturas, genio de mi época, hábitos profesionales, etc.; si daba el «paso atrás», averiguaba de pronto una serie de cosas importantes.

La primera, que, en efecto, algo tenía que haber en la sociedad actual y que no existía ni en la de *Charcot* ni en la de *Novoa Santos* para preparar esta «situación». Algo que servía de predisposición al «pensamiento operatorio», de plataforma o escenario en el que éste tiene ocasión de manifestarse. La segunda observación era, desde luego, mucho más grave. Sin un cierto «pensamiento operatorio» en el observador, naturalmente intensamente enmascarado y escondido, el fenómeno no se produce. Al fin y al cabo—ésta era la conclusión audaz—, tanto médico como enfermo estaban *los dos* inmersos en un nuevo tipo de sociedad. De la cual es evidente que sería exagerado decir que tiene como característica expresarse en forma «alexitímica»,

esto es, sin comunicación abierta, franca, generosa, emocional entre el mundo de la imaginación y de la pasión y la esfera verbal. Esto era, desde luego, excesivo. De lo que sí podría tratarse es de una sociedad con tendencia larvada, «potencial» a convertirse si se ponen mal las cosas, inmediatamente que se dispone de un escenario adecuado, en una sociedad con lenguaje y con pensamiento operatorio. Vagamente por las mientes me venía el recuerdo de algunas lecturas. Por ejemplo, la afirmación del filósofo francés *Derrida* cuando dice que «no se puede transgredir el texto», que «no hay nada fuera del texto». ¿Habría alguna relación entre lo que se ha llamado «textualismo» y el «pensamiento operatorio?», me preguntaba.

Reconozco que esta presunción mía es demasiado atrevida. Me lleva a pensar que nuestra civilización a fuerza de complacerse en el dominio técnico de la materia, en la instrumentalización de la inteligencia, ha *reducido* el lenguaje, dejándole desnudo, sin ropas ni ademanes, yerto, sin su cortejo géstico o fisonómico, quedándose tan sólo con lo imprescindible. Tan osado era mi pensamiento que apenas me atrevía a formularlo. La colectividad científica tiene sus exigencias, su rigor, sus normas, y yo ya me había expuesto demasiadas veces a tácticos vapuleos para ahora arriesgarme a otros más duros entre mis propios simpatizantes. No obstante, veo que otros, por ejemplo, el escritor francés *Jean Brun*, hace en 1980, en una de las reuniones de *Eranos*, el mismo descubrimiento. «Las palabras—dice *Brun*—se han convertido en elementos inertes y hemos olvidado que fueron cosas vivas. Se parecen a esos trozos de hulla que en otras épocas formaron parte de la floresta primitiva. Los diccionarios se han vuelto cementerios marinos no en el sentido de cementerios sumergidos, sino de cementerios en los que se entierra a viejos marineros.» Como el personaje de *Eugenio Montes* hablando del cual empecé este discurso. «El lenguaje actual—prosigue *Brun*—es como una "danza macabra" en la que gesticulan los esqueletos, privados hace ya mucho tiempo de su carne. Ya no somos capaces de ver en el otro, en el prójimo, un rostro, algo que pertenece a los márgenes de lo sagrado. Sólo percibimos una *figura* fea y horriblemente neutra. Y *figura* viene del verbo *fingir*...»

Otro filósofo contemporáneo, *Wolfgang Stegmüller*, afirma: «Nada amenaza tanto en nuestros días la subsistencia de nuestra cultura como el envilecimiento mundial del lenguaje...»

Mucho antes de leer a *Brun* y a *Stegmüller* iba yo observando en mis enfermos que los cambios secretos del lenguaje no se detenían

en la *alexitimia*. Una parte de los pacientes—al principio una fracción pequeña, pero poco a poco algo más numerosa—pasaba insensiblemente del *lenguaje operatorio* a otro lenguaje mucho más singular. Mejor dicho, empezaban por no hablar. Cuando lo hacían, su pasividad era extrema y su indolencia invencible. Por añadidura afirmaban desconocer el goce de la vida, sufrían de eso que los médicos llamamos *anhedonia*. De mil formas, por sus comportamientos, actitudes y expresiones, ponían en evidencia ante nosotros, que siempre habíamos creído en el disfrute de la vida, en la hermosa plenitud de la existencia, que nuestra fe era un engaño, que todo el Universo es un inmenso vacío. que *la Nada* era el trasfondo irrevocable e inexorable de la existencia.

Dicho de otra manera más adecuada al lugar en donde estoy hablando. Empezaron a aparecer por nuestras consultas unos personajes que antes habían poblado los escenarios del teatro contemporáneo, y no faltaron críticos despabilados que supieron advertirlo y hasta hablaron de la «función premonitoria del Arte». Estos nuevos enfermos—dijeron—que ahora nos sorprenden han sido descubiertos antes que por nosotros los médicos por los autores del llamado *Teatro del absurdo*. Un teatro que iniciaron *Valle Inclán* y *García Lorca* por un camino que siguieron *Albee*, *Samuel Beckett*, *Peter Handke*, *Ionesco*, *Arrabal* y muchos otros. Todo esto ofrecía para el médico vivo interés. Ya que veíamos aparecer por nuestras consultas, a continuación del que llamé «escenario histriónico», otro escenario que se correspondía con un grupo de enfermos de la clínica: el «escenario del vacío». He de rogaros ahora perdón, pues por unos instantes solamente voy a acometer la inconveniencia de hablar de estos problemas en términos demasiado médicos. Pero esto es inevitable si he de proceder, como es mi deseo, con la máxima claridad.

Los clínicos necesitamos siempre encontrar «una explicación», a ser posible «física», un «mecanismo». Nos guste o no, somos biznietos del método anatómico y todo nuestro saber, aunque ahora parezca remontarse por los cielos de los electrones y las sublimidades de la bioquímica, es un saber sobre el cadáver, es decir, sobre el hombre, al que, mal que bien, hemos reducido a máquina, funcionando, claro está, pero en el fondo «estructura». Hay autores que piensan que la *alexitimia*, la pobreza del lenguaje en fantasía, tiene sus orígenes en una dificultad para la comunicación entre los dos hemisferios cerebrales, el derecho y el izquierdo, el encargado de la lógica verbal, de las palabras y de la mano diestra, el «dominante», y el derecho (en las per-

sonas que no son zurdas), del que hasta hace poco tiempo ignorábamos su importancia.

Aunque éste es tema en constante enmienda y discusión, parece bastante verosímil el esquema simplificado que acabo de esbozar: el hemisferio encargado de la palabra y de la lógica discursiva, de la matemática, del raciocinio es el «dominante». El otro hemisferio tiene predilección por la música, por las tonalidades y armonías globales del mundo en torno, comprende bien esos matices que no son analizables, los «climas», las «atmósferas», y de las que es un buen ejemplo el rostro humano. Por eso se le puede llamar cerebro «fisionómico» y, por tanto, quizá a él corresponda ese componente «paralingüístico» del lenguaje analizado sutilmente por *Pittenger* y sus colaboradores del que antes hablé. Es ante todo el hemisferio encargado de comprender el mundo en sus límites, en lo que en la realidad nos parece infinito o inefable, porque no acertamos nunca a expresarlo con toda claridad. Aquí está el *quid* del problema que nos plantea esta «asimetría hemisférica», como ahora se la llama. Puesto que los hombres para comprender necesitamos reducir lo que observamos a conceptos claros, nítidos, «manejables», manipulables, y, en cambio, por esencia, todo eso que capta de la realidad el hemisferio cerebral derecho es *inexpresable* por las dotes analizadoras del hemisferio izquierdo.

Al lado de esto poco importa que anatómica y fisiológicamente las cosas sean algo más complejas de como las estoy contando aquí. Así, el lóbulo frontal no dominante—por tanto, el derecho en las personas diestras—hace buenas migas con el lóbulo dominante, esto es, con la porción central y posterior del hemisferio izquierdo. Estas sutilezas interesan menos ahora que otra particularidad, la cual fue intuita por un gran poeta, por *Paul Claudel*, y de la cual todavía los neurofisiólogos no se han enterado.

En su parábola del *Anima* y del *Animus*, hecha, según anuncia, «para poder comprender algunas poesías de *Arturo Rimbaud*», nos dice: *Anima* es locuela y hacendosa; *Animus* es un poco bergante y un mucho intelectual. Le gusta presumir de ideas revolucionarias en la tertulia a la que a diario acude tan pronto termina de comer. Un día se olvida las llaves del coche y sube de cuatro en cuatro las escaleras. En la puerta se detiene estupefacto. Descubre que *Anima* en su ausencia canta una canción de gran belleza, una canción maravillosa. Quiere hacérsela repetir, pero *Anima* se niega. Entonces recurre a un truco. Intenta sorprenderla subiéndola sigilosamente las escaleras...

Pero no lo consigue. Ya lo habréis adivinado. *Anima*, el hemisferio cerebral no dominante, se calla siempre que el otro hemisferio, el verbal, el matemático, el de los conceptos, se pone a hablar; intenta comprender, poner en juego lo que él sabe hacer. ¿Cómo poder escuchar la maravillosa canción de *Anima*? *Paul Claudel*, hombre muchas veces malhumorado y siempre con pasión, nunca supo que con su parábola estaba explicando el secreto funcional del cerebro. Bastantes años después de que escribiera su parábola, un filósofo, Heidegger, al hablar del lenguaje en su gran libro *Unterwegs der Sprache (En camino hacia el lenguaje)* dirá algunas cosas a primera vista extrañas. Por ejemplo: «Hablar es por sí mismo escuchar. Es oír al lenguaje, a ese que hablamos.» «La verdad es algo que sólo la poesía entreabre. Mientras no entendamos a los poetas no pensamos de verdad, porque todo lo que es digno de ser pensado se nos sustrae.» Ahora bien, la verdad que el arte pone en obra es la apertura de una época mundial en la cual se hacen posibles la existencia, habitar la tierra y el trato con las cosas... Parece como si con su filosofía última, enalteciendo la función poética, Heidegger intentase conquistar las gracias del *Anima* claudeliana, sobornar su silencio. Para ello se le ocurre su famoso juego de palabras. *Denken*, que en alemán quiere decir pensar, es *danken*, término que los alemanes emplean para expresar gratitud. Pensar es, efectivamente, agradecer, tener gratitud. Lo que no está nada lejos de la expresión «gracia». Nuestro San Juan de la Cruz bien sabía que sólo por la Gracia (con mayúscula) su pensar poético podía expresar las últimas verdades, abrirse al verdadero Amor (*).

(*) Sería sorprendente que la sabiduría implícita en la parábola de Claudel no hubiese sido expresada en otras ocasiones en la historia del pensamiento. Sin referirse a una dualidad de formas de pensar que va a volverse patente en otros capítulos de su obra (V. «Heidegger, o empezar a pensar», de Carla Cordua, en *Diálogos*, 13, núm. 31, pág. 7, abril 1978), Heidegger dice en *Was heisst Denken?* (página 52, Tübinga, 1954), refiriéndose a «la tormenta del pensar»: «Sócrates durante toda su vida y hasta su muerte no ha hecho otra cosa que colocarse en el vendaval de este movimiento (el pensar) y mantenerse en él. Por esta razón es el pensador más puro de Occidente y por ello no ha escrito nada. Puesto que el que comienza a escribir al salir del pensar, infaliblemente se parece a esos hombres que se ponen al abrigo del fuerte viento, que se guarecen de la tormenta. Queda en el secreto de una historia todavía sin descubrir que todos los pensadores de Occidente, después de Sócrates, dicho sea sin detrimento de su grandeza, todos son unos "refugiados". El pensar entra así en la literatura...». Hanna Arendt, con distinta finalidad de la que aquí expongo, pero no muy lejos, creo yo, de mi interpretación, cita esta frase de Heidegger en la página 199 de su libro *La vie de l'esprit* (vol. 1: «La pensée, Versión francesa. P.U.F. París, 1978).

Volviendo al «pensamiento operatorio», algunos estudiosos lo atribuyen a una interrupción «funcional», esto es, «sin lesión anatómica» en el fluir e intercambio constante que existe entre los dos hemisferios cerebrales y las estructuras conexas. Es la buena armonía entre dos hemisferios lo que permite que un texto tenga resonancias bellas, que lo son por aludir a la totalidad de lo real, no sólo a la realidad inmediata y manipulable, sino a esa otra realidad elusiva que se esconde como una ninfa antigua en la espesura de lo misterioso. El hemisferio derecho es un perfecto bohemio; no cree ni pizca en la inexorabilidad del tiempo, no teme su curso implacable. El otro hemisferio, el que llamamos dominante, encargado del habla y de la escritura y de los cálculos, se siente como un gran señor. Paga su poderío con ser esclavo de la prisa, de las normas perentorias de la sociedad y, lo que es peor, casi siempre es ambiciosillo y vanidoso. Dijo en una ocasión un filósofo español, *José Gaos*, que el pensamiento era siempre soberbio.

Es curioso que los japoneses—según leo en un libro de *Jean Pierre Changeux*—disponen de dos sistemas de signos para su escritura: el *kana* y el *kanji*. El primero sólo tiene 69 símbolos; el segundo es tan rico en ellos que para poder leer el periódico habría que conocer por lo menos tres mil dibujillos. Las clásicas lesiones en la zona del lenguaje en el hemisferio izquierdo (que llamamos zonas de Broca y de Wernicke) siempre afectan al *kana* y sólo en grado mucho más leve al *kanji*. No se trata de especulaciones sin importancia. Tienen su lado práctico. Estos conocimientos permiten hoy aplicar métodos nuevos, de base «musical», en el proceso de reeducación y recuperación del lenguaje en lo que se llama rehabilitación de enfermos que han sufrido lesiones anatómicas en el área de la palabra. Aunque estos conocimientos todavía están en mantillas, lo hasta ahora conseguido parece alentador.

5

Antes de hablar del «tercer escenario», al que he llamado *del límite* y también *del delirio*, voy a examinar qué es lo que realmente ocurre en el «escenario histriónico». A primera vista todo parece sencillo. Las enfermas, recordémoslo, adoptaban con frecuencia actitudes eróticas, sensuales, y el espectáculo atraía, como dije, a las Odette de Crecy de la época porque tras el patetismo y el sufrimiento de la en-

fermedad aparecía algo entonces muy secreto: la represión del sexo. Esta fue la interpretación que iba a llevarse en su cabeza, muy bien ordenada, pero que tenía, como siempre sucede con el genio, ribetes de fantasía y hasta de escondido misticismo, uno de los discípulos extranjeros de *Charcot*. Se trataba de un judío austriaco de escaso pecunio, de moral severa y de origen muy humilde, cuyas ideas iban a revolucionar toda la psicología del siglo XX. Ya habrán ustedes reconocido a *Sigmund Freud*. Mas toda esa escenografía que *Charcot* organizaba, todo este teatro histérico no era más que el haz superficial de unos estratos escondidos, de una verdad cruel. *Charcot* era hombre profundamente melancólico, como nos lo descubre *Leon Daudet*, el hijo de *Alfonso*, el gran novelista, observándole un día a hurtadillas en su biblioteca. Un amigo mío, excelente y ortodoxo psicoanalista, el suizo *Gustavo Bally*, sostuvo otra interpretación. Aquellas pobres mujeres que se contorsionaban, que exhibían teatralmente actitudes obscenas, que padecían tartamudeces, afonías y anestias, no sufrían a causa de una libido reprimida, de un impulso sexual insatisfecho, como durante largo tiempo iban a sostener los discípulos de *Freud*. Lo que tenían era algo muy sencillo, muy importante: *tenían hambre*. En su caso, hambre de alimento; en otras situaciones socialmente más benévolas, hambre de cariño, de amor. El «teatro» que representaban las pupilas de la Salpêtrière buscaba la finalidad de ser atendidas en el hospital, donde se les daba albergue y pitanza, durante el mayor tiempo posible. Con frase lapidaria lo expresó *Gustavo Bally*, mi malogrado amigo: «No tenían otra solución: ¡o la histeria o la barricada!».

Nadie hizo caso de *Gustavo Bally*. Pero muchos años después, ya en nuestros días, un erudito germanista, *Pierre Bertaux*, inicia lo que va a llamarse «la desmitificación de Hölderlin», el príncipe de los poetas alemanes, quizá uno de los más importantes poetas de Europa. Esta operación medicofilológica va a extenderse por muchos volúmenes y dar lugar a discusiones cuyo detalle, naturalmente, voy a ahorrar a ustedes. Hölderlin es considerado como el poeta que ha llevado a sus cumbres más egregias las esencias poéticas del idioma alemán y Heidegger se sirve de su gran poesía como vehículo para sus trascendentales consideraciones sobre el lenguaje, como el gran acompañante en su «camino hacia el lenguaje» que ya antes cité (*Unterwegs zur Sprache*). Sobre él ha escrito diversos volúmenes y gran parte de su filosofía final descansa sobre la obra de Hölderlin.

Pues bien; ahora se nos afirma, a la zaga del germanista *Bertaux*

y por críticos como *Jäger, Prand, Ruan y Zuberbühler*, que Hölderlin, que desde comienzos de 1800 estuvo recluido como loco en la famosa «torre» de Tubinga, pésimamente acondicionada como asilo psiquiátrico, no era en forma alguna un esquizofrénico, como se venía admitiendo, sino sencillamente un «contestatario», como ahora se dice, un revolucionario, un «jacobino» que simula la locura para salvar el pellejo. Como Hamlet. No faltan similitudes entre Hölderlin y Hamlet, como señala *Bertaux* y confirma su adversario, el psiquiatra de Colonia *Uwe Henrik Peters*. Hölderlin se «hace el loco», como se lo hacía Hamlet, para escapar, el primero, a las persecuciones políticas de la época; el segundo, para huir de los asesinos de su padre. Hölderlin es, por tanto, como Hamlet, un «noble simulador». De esta suerte, uno de los genios poéticos más indiscutibles de la historia de la literatura entra dentro del «escenario histriónico». Bien sabido es que sobre este tema ha montado el gran dramaturgo alemán *Peter Weiss* una excelente obra de teatro.

He aquí de qué manera, mis buenos y espero que todavía no demasiado fatigados amigos, de aquella primera experiencia de un estudiante en el Hospital de los «Reyes Católicos», de Santiago de Compostela, a los pies del Apóstol, surja ahora como mítico venado en un cuadro de Botticelli algo que ha de llenarnos de estupor. ¿No habrá —nos preguntamos— en el más profundo estrato subconsciente del alma humana, más allá de la libido y más allá del lenguaje, un *estrato histriónico* en todo hombre? Durante muchos días discutí sobre estos temas con un excelente amigo, *Ludwig Schajowicz*, autor de una *Apolo-gía del histrión*. Pero aquí prefiero limitarme a aportar hechos de mi experiencia médica. Ocurrió lo que voy a contar hace muchos años. Todavía ignorantes de que jugábamos con fuerzas diabólicas, algunos médicos en todo el mundo comenzamos a investigar las posibilidades terapéuticas del preparado LSD o dietilamina del ácido lisérgico. Que vulgarmente se conoce en los medios de drogadictos como «el ácido». Los resultados fueron al principio alentadores y fascinantes. Procedíamos con la máxima prudencia, controlando personalmente el experimento y empleando dosis mínimas. Algún autor alemán publicó un libro importante relacionando lo observado con las experiencias trascendentes de las visiones de los místicos y señalando la importancia de las alucinaciones observada para el estudio de la vida religiosa en sus más inaccesibles cumbres. Pronto las propias casas fabricantes del preparado nos dieron la señal de alarma. Hubo que suspender con rapidez toda experiencia ante la oleada de drogadictos que como

marea irresistible todavía sumerge en la actualidad gran parte del mundo. Vimos en nuestra propia carne que era exacta la prevención de algún inmunólogo premio Nobel, sir *McFarlane Burnet*: «¡Hay cosas sobre las que no se puede investigar!». Dejamos de hacerlo, pero en nuestras mentes quedó lo aprendido.

Un autor checo que había podido recoger en su patria inmenso material partió tan pronto pudo hacia Norteamérica llevándolo en la maleta. Había demostrado que por la acción del LSD reaparecía en el fondo del alma humana un «lenguaje universal» de imágenes muy primitivas, arcaicas. A veces similares a dioses; otras, a demonios. Que tenían la particularidad de aparecer, como los arquetipos junguianos, bajo las mismas extrañas configuraciones de serpientes devoradoras, de diosas terribles, de monstruos voraces en el subconsciente de los hombres de la más diversa condición y de distinta raza.

Este lenguaje de las profundidades que, según este autor, refleja recuerdos hundidos en la memoria más ancestral de la especie humana representa un acervo cultural del que han nacido mitologías y religiones, las iconografías más audaces y la poesía misma. Su estupor fue inmenso cuando, portador de este tesoro, al llegar a Norteamérica, país de la libertad, desde su sojuzgada Checoslovaquia se encontró con que la prohibición de tocar estos temas, de conjurar la reaparición de estos monstruos y dioses del subconsciente colectivo era igual en todos los países y considerada como peligrosa.

Apuntado esto, he de decir que la experiencia que hicimos cada uno de los médicos que pudimos trabajar algo con el LSD fue muy diferente. Quizá por el tipo de técnica empleada, por la prudencia con que realizamos la experiencia, con dosis mínimas e interrumpiendo el experimento con rapidez tan pronto derivaba en peligroso, lo cierto es que yo nunca tuve accidentes desagradables durante mis trabajos y cuando de manera excepcionalísima se presentaron pudieron ser corregidos inmediatamente. Esto me permitió observar la aparición de recuerdos sepultados en el subconsciente en forma de impresionante vivacidad, con colorido patético, brillante, a veces deslumbrador, fulgurante, con una fuerza que jamás se da en los sueños, aun en los más teatrales. Una dama que ya en estado consciente había insinuado que todo su mal provenía de un intento de violación, cuando fue sometida a dosis ínfimas de la droga repitió ante los médicos la escena de esta violación, pero no en forma natural, como pudo haber ocurrido, sino como ella se la imaginaba o quizá aún con mucho más patetismo. La escena era reproducida con la misma desorbitación ex-

presiva que vemos en las grandes trágicas, que fue probablemente la norma en el teatro antiguo, ese «histrionismo sagrado» que dio carácter religioso a los albores del teatro en la antigua Grecia.

Los enfermos o enfermas al recordar episodios muy traumáticos de su vida—por ejemplo, haber sentido terror al cruzar de noche un bosque entre los aullidos de mastines—no lo contaban de manera normal ni siquiera asustada, sino con el patetismo casi mitológico de una aventura escalofriante y sobrenatural. Desde estas experiencias fue afianzándose mi convicción de que en el fondo del alma humana reside un «estrato histriónico» en el cual la vida se refleja no en el lenguaje apaciguado y frío que a diario conocemos, sino en forma de la retórica grandilocuente y escalofriante de las grandes tragedias. Nuestro *Séneca*, con su «teatro del horror» que tanto entusiasmo despertó en *Antonin Artaud*, no era un desorbitado, sino que acertaba a expresar ese fondo expresivo casi demencial del alma humana. Mis pacientes eran como Eleonora Duse calzando el coturno trágico. Por eso tiene razón *Artaud* cuando define el Teatro (con mayúscula) como llamada de las fuerzas más profundas y escondidas del hombre. Fuerzas en ocasiones crueles y brutales que nos llevan a lo más hondo de la raíz de nuestro ser.

Bien sé que este lenguaje arcaico, espeluznante, fantasmagórico para muchos, no merece el nombre de lenguaje. Pero si no es lenguaje, ¿dónde colocar esa parte importantísima de la literatura que tiene por centro lo fantasmal, las ocurrencias más disparatadas de la imaginación, más allá de los sueños y de las leyendas, en el trasfondo último de la creatividad del hombre? De *Poe* a *Borges* puede hacerse una antología muy nutrida de la literatura fantástica que rivaliza con la utilización de lo fantástico en las artes plásticas, muchas veces representadas, por ejemplo, en el libro de René de Solier *L'art fantastique*. Todo ello ha encontrado rica repercusión en el surrealismo.

Llegado a este punto no extrañaré que vuelva a hablar de *Antonin Artaud*, que fue encerrado varias veces por los psiquiatras en las mal llamadas «casas de salud», lo que no le impidió ser el hombre que ha dicho cosas más profundas y certeras sobre la esencia del Teatro. Reproduciré unas palabras suyas tomadas del primer manifiesto del «Teatro de la crueldad»:

«(El Teatro)..., abandonando las utilidades occidentales de la palabra, convierte las palabras en sortilegios. Alza la voz. Utiliza las vibraciones y las calidades de la voz. Hace que los ritmos se deslicen

locamente. Martillea los sonidos. Trata de exaltar, de amodorrar, de encantar, de paralizar la sensibilidad. Hace que se desprenda del gesto un lirismo nuevo que por su precipitación o su amplitud en el aire acaba por sobrepasar el lirismo de las palabras. Rompe, por último, con el servilismo intelectual al lenguaje, haciendo que brote el sentido de una intelectualidad nueva y más profunda que se oculta bajo los gestos y bajo los signos, exaltados a dignidad de exorcismos particulares...»

Naturalmente, era lógico que este nuevo manifiesto de metasurrealismo no fuese entendido en su tiempo, ni siquiera por los que se creían en la más avanzada y provocativa frontera del arte revolucionario. *Artaud* habla ya entonces (este texto apareció en la *Nouvelle Revue Française* en el número de octubre de 1932) de romper el servilismo del teatro al texto y de otros planos de la creación que exigen que la sensibilidad sea puesta en un estado de percepción más profunda y más fina. Esto—añade—es la finalidad de la magia y de los ritos, de los cuales el teatro no es más que un reflejo.

En mi práctica de médico me he encontrado con frecuencia con pacientes de gran talento literario. Alguno de ellos había pasado de dirigir Servicios de Información en el Extremo Oriente a estudiar nuevas drogas psicodélicas en los indígenas de Centroamérica. Dos circunstancias que le condujeron a la «adicción», al consumo habitual de drogas. Baste que recuerde aquí los capítulos de literatura contemporánea en los que se alude, por experiencia vivida, a esta frontera de la droga, de la que es tan difícil volver a salir. Los nombres de *René Benjamin*, de *Burroughs*, de *Michaux* (estudiado por mi colega y buen amigo de ambos, *Ajuriaguerra*) y el discutido autor de «Strahlungen», *Ernst Jünger*, son prueba viva de que es empresa arriesgada para el hombre, por fuerte que se juzgue, moverse en estos linderos del alma. La puerta mística, que hoy sabemos no es vereda reservada a santos sino que puede ser accesible a todos, exige ritos de acceso, como en los cuentos orientales, laboriosos y difíciles, y sobre todo un conductor honesto y de firme inteligencia. Ya nuestra Santa Teresa, en su sexta Morada, habló de estos peligros que con acierto señaló mi colega *Ikemi* en el coloquio de Córdoba, son exactamente iguales a los que tiene el que, sin *gurú* experto, se mete en las veredas arriesgadas del *Zen*. Pretender saltar el camino intrincado y laborioso de la meditación con la fórmula mágica de una droga conduce casi siempre a una catástrofe. No es necesario decir—hablo por mi experiencia médica—que, salvo casos excepcionales como el del poeta *Michaux* y algún otro, estas vías de

atajo para penetrar en las simas misteriosas del alma nunca son fecundas. Todo lo más sirven de simulacro de la creatividad, hacen nacer un embarullado hervor de poesía turbia en la que se entremezclan demasiado lo excelente y lo mediocre.

6

Señores Académicos: hasta ahora me he movido, como médico, en la observación del lenguaje como forma de comunicación con el enfermo, esto es, como instrumento de mi oficio, como pueden serlo para el albañil la llana, la plomada y el nivel. Instrumento de cierto interés, pues nos pone en contacto con realidades insospechadas y abisales del hombre.

En la modesta práctica de todos los días descubrimos los médicos algo que está en la medula de la discusión contemporánea sobre el lenguaje. ¿Es éste, el lenguaje, todo lenguaje, sencillamente «comunicación»? ¿O, como sostuvieron desde los tiempos más remotos los adeptos de la Cábala es la palabras, en una forma u otra reflejo de lo divino, de lo que está «más allá» de nosotros? Lejos de mi ánimo entrar en este debate que toca a raíces muy hondas de nuestro ser contemporáneo, que agita, por consiguiente, turbios torbellinos de pasión. Lámentense otros de la degradación de la sacralidad del lenguaje, de la que habló con verbo encendido el místico alemán *Jacob Boehme* y que comentó *Ernesto Benz* con equilibrio y sabiduría. Como médico he de preguntarme, de manera lo más sencilla posible: ¿Percibo yo de alguna manera ese carácter mágico, esa naturaleza «sagrada» del lenguaje en mi práctica más vulgar y corriente, en el trato cotidiano con los enfermos?

He de responder con la afirmativa. Pienso, ya lo habréis anticipado, que la palabra, desvalorizada hoy como moneda tercermundista a ser simple «información» es siempre espejo del misterio que nos envuelve. Todos los días observamos ese deterioro de la palabra médica en forma de lo que los médicos llamamos *iatrogenia*, es decir, de enfermedad producida por el propio médico. Cuando inconscientemente, al querer comunicar al paciente la naturaleza de su mal, el médico le induce a desaliento, a error, le hace volverse enfermo de una enfermedad que no padece. Cuando, con el mismo aire solemne que tendría un médico de *Molière*, le pronostica: «¡Si usted no hace caso a lo que le digo, jamás se curará!», lo que, naturalmente, la mayoría de las veces no es

cierto. O bien: «Si continúa usted tomando esas drogas se envenenará». Inútil entonces explicarle al paciente que muchas veces esas «drogas» son imitaciones de las que el propio organismo fabrica para regular sus actividades. O que, por lo menos, su acción no es tan extraña al ser vivo, pues lo que hacen es suscitar una mayor producción de las propias drogas, de los «autacoides» o fármacos producidos por el propio cuerpo. Y que él, el enfermo, no sabe ya producir por haber quedado inserto en una sociedad que despliega sus acciones depresoras sobre el propio individuo. Otras veces el médico, al exclamar con aire patético: «¡Tiene usted demasiada colesterolina!», también despliega un pseudo-saber, pues lo muchísimo que sabemos en realidad sobre la colesterolina es todavía motivo de viva discusión en los cenáculos científicos y en los Congresos internacionales. El médico cree con demasiada facilidad en la «información», sin someterla a la crítica y al convertirse en vehículo de una forma adulterada de lenguaje se vuelve él mismo causa de enfermedad, al ser inconsciente instrumento de una sociedad en la que el lenguaje se ha degradado.

Por fortuna, los médicos vivimos con frecuencia el reverso de la medalla, en el momento que la palabra recupera su esencia y vuelve a transformarse en palabra germinal. Es al escuchar del enfermo o de la enferma: «¡Hace seis años me dijo usted algo que ha cambiado por completo mi vida!» Y agrega, reforzando su opinión, que, equivocada o no, nos halaga: «¡Una palabra suya! ¡Si supiera usted el bien que me ha hecho!» Tiene esto el inconveniente grave de que con mucha frecuencia viene el enfermo aherrojado en una neurosis ya muy antigua, con la esperanza de que el médico pronuncie esa palabra mágica que en breves segundos ha de corregir un sufrimiento que tiene sus pilares en la infancia primera y que no ha dejado de ser consolidado y fortalecido por las ulteriores vicisitudes de su existencia.

Con el tiempo mi acción médica se ha complicado con una empresa nueva: la de desintoxicar a mis pacientes de la inoculación por el lenguaje de la propaganda de una interpretación torcida de su enfermedad o de la terapéutica. No es ésta tarea baladí. Ya que el poder de este lenguaje desacralizado, idólatra de una información monocorde y sin espíritu es multiplicado al infinito por el poder diabólico de los medios de información de masas.

La importancia creadora de la palabra nos vuelve a todos responsables. No sólo por mi saber técnico por la experiencia adquirida, sino por ese eco misterioso que en el que escucha despierta la palabra.

Resulta de ello que la pérdida de ese hábito secreto del lenguaje tiene graves consecuencias en la economía de las naciones, pues determinando enfermedades falsas, producidas por su empleo desacertado, acaba repercutiendo en lo que hoy se llama «economía de la salud», acarreando dispendios innecesarios.

El propio Freud se nos revela, de manera inesperada para los que ven en él un materialista empedernido, como hombre sensible a la magia del lenguaje. Dice (*Obras Completas*, XV, 17, edición inglesa): «Las palabras son originariamente mágicas y aún hoy han conservado mucho de su antiguo poder de conjuro. Por esta razón, no debemos menospreciar el empleo de palabras en la psicoterapia y complacernos cuando las observamos en su juego enigmático entre el paciente y el enfermo». Winquist, actualmente profesor de religión en la Universidad de California, comenta así este párrafo de Freud: «Esta magia del lenguaje requiere escuchar lo no dicho en esas palabras que pasan entre el enfermo y su analista.» Este moderno profesor de religión no vacila en este momento en establecer un paralelismo entre el «decir» de Freud y la expresión utilizada por Heidegger cuando éste habla de «la necesidad de buscar esa vecindad en la que moran, sin enfrentarse, de manera armoniosa, el pensamiento y la poesía» (*).

(*) Sobre el carácter metafórico de la visión psicológica de Freud habla Robert D. Romanyshyn, considerándola como una «transparencia», como un «ver a través de». «Ver una realidad a través de otra supone un desenmascarar o desliteralizar. Si digo que veo a través de una explicación, esto supone que la acepto "literalmente", o sea, en su sentido literal. Así, cuando Freud ve el fenómeno de la vida psicológica a través del vehículo de la ciencia, lo está viendo metafóricamente. Y cuando, después, ve este mismo fenómeno a través de símbolos míticos está deshaciendo, desliteralizando su visión primera. El lector cauto de Freud ha de procurar no tomar al pie de la letra la primera visión. Así restablece el carácter metafórico original.

Pero también hay que prevenirle de tomar al pie de la letra esta última visión. Ya que Freud no repudia la perspectiva primera. Las dos visiones se desliteralizan mutuamente. Actúan como reflexiones la una de la otra. Sirven para volverse mutuamente más profundas. El lector genuino, cuidadoso, empieza entonces a comprender que lo que importa no es una u otra realidad, sino el movimiento que va de una a otra, no la transición entre ambas. Lo importante es no lo que se dice en cada uno de los dos lenguajes, sino el lenguaje en su movimiento. En esta forma el lenguaje simbólico de Freud es escuchado a través de un estilo metafórico del habla...». V. Robert D. Romanyshyn: «The circle of confusion», en *The archaeology of the imagination* (Ch. E. Winquist, Ed.). A Thematic Series of *The Journal of the American Academy of Religion*. Edward Brothers. Michigan, 1981.

Antes de entrar, tras cuanto llevo dicho, en el estrato más misterioso del lenguaje, el que he denominado *escenario del delirio y del límite*, me vais a permitir que en forma concisa exponga los datos biológicos que pueden ayudarnos a comprenderlo.

Primero.—La supremacía del lenguaje llamado «icónico» o gestual, la superioridad de los gestos cuando pretendemos enseñar a los primates signos que sirven para comunicarnos con ellos. Con la palabras, con el signo verbal, el orangután aprende de nosotros pocas cosas. En cambio, *Beatriz y R. Allen Gardner*, en Reno, Nevada, con el lenguaje de los sordomudos han conseguido que la mona «Washoa» llegue, al cabo de treinta y seis meses, a manejar 85 signos comunicativos. Para un médico psicosomático lo importante de esta experiencia es que este aprendizaje determina en el simio un desarrollo corporal más armonioso.

Segundo.—Si este lenguaje por signos, el lenguaje de los sordomudos, analizado por *Bellugi y Klima*, del Instituto Salk, de San Diego, en California, este «lenguaje icónico» es investigado en cuanto a la asimetría cerebral, descubrimos que está también sometido a la que conocemos como «especialización de los hemisferios cerebrales». Es notable, por lo menos para mí sorprendente, que este ASL (*American Sign Language*) muestra diferencias entre las naciones o pueblos que lo emplean. Se descubren además en él los mismos lapsus que en el lenguaje verbal y al parecer también con él son posibles la expresión poética, el humorismo y la ironía.

Tercero.—Los trabajos de *Zaidel*, enriqueciendo nuestro conocimiento de los procesos mentales que tienen lugar en el hemisferio derecho (habitualmente el no dominante, excepto en las personas zurdas), han puesto en evidencia que hay un inmenso reinado de la conciencia y del pensamiento que existe sin necesidad de crear imágenes fonológicas de las palabras. *Halliday* ha denominado *protolenguaje* a esta función del hombre de emitir significados *sin palabras*. No es cierta, pues, la afirmación de algún filósofo que sostiene que fuera del «texto» no hay lenguaje.

Cuarto.—Fundándose *Crossan* en la gran capacidad metafórica de los niños de dos y medio a cinco años y en la no menos sorprendente capacidad de comprensión de las metáforas por los niños de seis a doce años de edad (*Gardner y Winner*), habla de una capacidad metafórica primordial (*primordial metaphoricity*). El lenguaje es, según él, ra-

dical y esencialmente metafórico. Es, de forma intrínseca, plurivalente y son las convenciones arbitrarias de la sociedad las que podándole de metaforidad (perdonad el neologismo) le convierten poco a poco en monovalente. Este lenguaje unívoco, «literal», monovalente, que es hoy casi el único utilizado, resulta de la delimitación valorativa, axiológica, del control de la sociedad sobre el contexto y de la indiferencia del sujeto hacia los valores poéticos y emocionales que tiene toda palabra (*).

Como antes señalé, los neurólogos conocen la enorme complejidad con que ambos hemisferios cerebrales se enlazan, tanto en su anatomía como en su fisiología. Es probable que en la comunicación expresiva el papel desempeñado por estos dos hemisferios muchas veces cambie y los dos se alternen. Su interacción es lo que confiere a la lengua colorido y emoción. Para romper esa tendencia a la «muerte metafóri-

(*) A partir del ensayo «Las dos grandes metáforas», publicado en el volumen V de *El espectador*, Ortega y Gasset continuó dando en su obra importancia singular a la metáfora y a su función cognoscitiva. La metáfora—dice Ortega—forma «la capa inmovible de subsuelo en que descansa la realidad nuestra de todos los días». La evolución que experimenta la idea de metáfora a lo largo de los escritos de Ortega y Gasset ha sido finamente analizada por Julián Marías en su libro *Ortega, circunstancia y vocación* (Alianza, Madrid, 1983). Lázaro Carreter en su trabajo «Ortega y la metáfora» (*Cuenta y Razón*, núm. 11, mayo-junio 1983) afirma que Ortega se anticipó en muchos años a modernos tratadistas de la metáfora como Black y I. R. Richards. El despliegue complejo de estudios sobre la metáfora alcanza en nuestro tiempo dimensiones espectaculares, como puede verse en el importante libro de Paul Ricoeur *La métaphore vive* (Seuil, París, 1975), en el que no se habla nada de Ortega, injustamente, y muy poco de Freud, lo que sorprende en el autor de dos excelentes libros sobre el médico vienés: *De l'interprétation. Essai sur Freud* (1965) y *Le conflict des interprétations. Essais d'herméneutique* (1969).

En cambio, si se ocupan de la importancia de la metáfora en Medicina, y en especial en la obra de Freud, los colaboradores del *The Journal of the American Academy of Religion* («The archaeology of the imagination», 1981). Ya cité (nota anterior) la interpretación de Robert D. Romanyshyn. En el trabajo central de este volumen Charles E. Winquist subsana, a mi juicio, la omisión de Ricoeur en el siguiente párrafo: «Si operamos con el concepto amplio de metáfora que incluye unidades completas del discurso, hemos de reconocer en las historias clínicas de Freud un desplazamiento que es a la vez movimiento y cambio de significación. El análisis se convierte en recipiente de intercambio metafórico. Las historias clínicas de Freud son un modelo de trabajo en la retórica de la poiesis...». En otro lugar dice: «El lenguaje expresa la realidad, aunque no quiera expresarla... El despliegue del sentido al que nos referimos como significación extralingüística del lenguaje tiene lugar en los espacios y en los silencios que quedan reveladoramente oscuros en la semántica del sentido» (pág. 75, op. cit.).

ca», como la ha calificado el poeta *Gerard Hopkins*, esa muerte que amenaza a todo lenguaje, para sacarle de su trivialización, de su propensión a las estereotipias, al tópico no basta con la poesía. Es preciso también el vigor metafórico que brota ya en la más temprana infancia y que el hombre adulto ha olvidado.

He aquí por lo que pienso que el denominado «fenómeno psicósomático» o «pensamiento operatorio», observado por mis colegas en las enfermedades típicas de nuestro tiempo, tiene interés para el estudio del hombre. Representa en el fondo la acentuación de un proceso normal de esclerosis de lo que hay en el lenguaje de sagrado *ya en la infancia*. Que corre peligro de perderse en la instrumentalización técnica de nuestro mundo y que ya ha suscitado, como suele ocurrir en la historia del pensamiento, una corriente curativa, compensadora, visible en la exaltación de la metáfora, del poder de la imaginación, de una *Arqueología de lo imaginario* y de una revalorización de aquellas secretas profundidades de la naturaleza humana que algunos psicólogos, principalmente de la escuela de *Jung*, denominaron Anima y ahora, sin rebozo, los filólogos y teólogos de las Universidades que se asoman al Océano Pacífico denominan «revaluación de lo femenino».

* * *

El lenguaje, como la Medicina, caminan ambos por las aristas de la vida, por sus márgenes, por su confín. La gente, los profesionales de ambas cosas, Medicina y Lenguaje, quieren empujarlas al centro, donde todo es seguro, fuera de la cornisa peligrosa. Habitaríamos así, médicos, filólogos y lingüistas en los «campos de seguridad», en los buenos hábitos de la ciencia reconocida. No son nada menospreciables estas vastas zonas de la «coherencia social», de gran rendimiento. Pero debemos darnos cuenta de que junto a esta fuerza conservadora que nos dirige hacia el centro hay otra que nos lleva a los límites de la realidad, al voladizo de la existencia, donde se alberga el riesgo, en los bordes limitantes con el infinito y con lo ignoto.

Cuando se quiere explicar «sociológicamente» el sojuzgamiento de una «lengua materna» por otra políticamente «dominante» o la locura de *Hölderlin* diciendo que éste no ha sido más que un «noble simulador», que así quiere eludir el rigor de una tiranía, nos desplazamos al centro de la plataforma, a la explicación grata a nuestro tiempo. Cada día se vuelve más incómodo habitar en las fronteras del Ser, pero cada día se hace más imperioso «vivir en la frontera».

Nadie que yo sepa ha señalado que paralelamente a la «desmitificación» de Hölderlin en su país, en Alemania, haya surgido en Francia un interés paralelo por este poeta alemán que en principio parece muy alejado del espíritu galo. El psicoanalista Laplanche, con su estudio sobre Hölderlin y el problema del padre, y después de él Derrida y Foucault, éste con su *Historia de la locura*, aparte de la boga creciente de Antonin Artaud, nos enseñan la pasión que suscita lo que he llamado «el escenario del delirio» en nuestro tiempo. El redescubrimiento del teatro del gran poeta alemán Kleist por nuestros vecinos habla también en el mismo sentido, pues en sus obras, *Pentesilea*, *El cántaro roto* y hasta en el *Príncipe de Homburg* se respira la atmósfera trágica de la locura.

La tesis de Bertaux y sus colegas que hacen de Hölderlin un simple simulador, por noble que parezca, peca de una total ignorancia del problema de la esquizofrenia, tal como se plantea en nuestro tiempo. Bertaux comete el craso error de confundir con otra persona al psiquiatra Lange, que fue médico de Hölderlin, atribuyéndole un analfabetismo literario. En realidad, Lange era un médico bohemio, asiduo de los cabarets literarios de Francfort y escritor de importancia. Uwe Henrik Peters, profesor de Psiquiatría en Colonia, ha refutado la tesis de Bertaux con brillantez, pero sin explicarnos dos cosas. Que esta tesis es «propia de nuestro tiempo», lo primero. Lo segundo, que no desvela el elusivo misterio de la relación del genio con la locura.

Este proceso, tan interesante para la historia del lenguaje que lleva primero a la desmitificación de Hölderlin y después a su remitificación nos conduce a una encrucijada decisiva. Puesto que ha permitido analizar su obra poética con minucioso amor y descubrir algo que nos sorprende. Este poeta, que ha llevado a su máxima grandeza poética al idioma germano, tiene en sus últimas creaciones una increíble pobreza en su léxico, en zonas tan esenciales para la poesía como son la relación interpersonal, el amor, la existencia heroica, la religión y la belleza. A pesar de esta penuria resplandece, de cuando en cuando, con asombroso vigor, en estos últimos poemas, por algunos llamados «de la locura», la misteriosa llama sagrada de lo poético. Lo que nos hace interrogarnos sobre este enigma que puede pasarse de las palabras poéticas tradicionales y no obstante conservar, en medio de versos vulgares y apagados, todo el genio mágico y sobrecogedor de la poesía.

Uwe Henrik Peters califica a la enfermedad de Hölderlin de *esquizoafasia*, palabra con la que se quiere decir, en el lenguaje de los psiquiatras, que en el poeta pueden distinguirse tres lenguajes diferentes:

el de la conversación habitual, el lenguaje con la madre y el lenguaje noble de la poesía.

Dejando a un lado los problemas médicos y los filológicos para atenerme, como vengo haciendo, a mi experiencia en el trato con enfermos de todas clases, creo poder añadir algo muy sencillo pero importante. En los últimos decenios, al dejar de considerar al enfermo psicótico con menosprecio mal disimulado, al dejar de tener miedo el médico al enfermo mental, el pronóstico de estos pacientes ha mejorado. Lo inicial y decisivo fue que el médico, ante lo que llamaba *delirio*, es decir inconexión verbal, disparate incomprensible, se fue poco a poco persuadiendo de que todo delirio tiene un sentido, es decir, «se puede comprender», por absurdo que a primera vista parezca. Basta con saber interpretar lo que el enfermo dice en un «segundo plano» de su elocución.

En segundo lugar, con absoluta independencia de este «proceso de comprensión del delirio», empezó la literatura a *volverse delirante*. Es decir, a expresarse, para llegar a las simas del hombre, en forma inconexa, empleando las asociaciones libres y el lenguaje de los sueños.

En este doble proceso aparece como algo decisivamente dramático en la vida del hombre, como un factor regulador de su destino, justo aquello con lo que empecé mi discurso: el «lenguaje maternal». Que fue perdiendo opacidad y ganando lucidez a medida que aprendíamos a interpretar el lenguaje secreto, el *protolenguaje* que liga a los seres humanos en su comercio emocional más entrañable. Si a esto añadíamos el amor al enfermo y poco a poco aprendíamos a no achacar sus sufrimientos a nadie, es decir, si también amábamos a esas madres que mis colegas califican desdeñosamente de «esquizofrenógenas», de causantes de la esquizofrenia, poco a poco se iba haciendo la luz en nuestra mente.

Sabemos muy bien—por lo menos lo sabemos algunos médicos—que «el enfermo aislado es la excepción», como afirmó hace varios lustros el doctor O'Reilly, personaje de *The Cocktail Party*, una conocida comedia de T. S. Eliot. Pero ahora sabemos también ver en esa madre e hijo que nos visitan, mutuamente inculpándose que son, en realidad, ambos como una *Mater dolorosa* zarandeados por el vendaval del destino.

Era preciso que contase aquí esta entrañabilísima experiencia de mi práctica médica para poder entender desde ella las últimas dramáticas peripecias de la literatura contemporánea. Que se condensan—para no citar más que nombre cimeros—en el rencor contra el lenguaje, en la

hostilidad hacia el verbo que rezuma de las obras de *Samuel Beckett*, de *Antonin Artaud*, de *Peter Handke* o de ese importantísimo poeta que fue *Paul Celan*. Todos ellos, como es natural, llenos, paradójicamente, de profundo amor por la propia literatura.

Afanosos y lúcidos los críticos, como sucede con *Waltraud Gölder* para *Samuel Beckett*, llegan a descubrir que esta hostilidad a la lengua, al lenguaje como comunicación, obedece al juego ambivalente de dos impulsos secretísimos: el deseo inconsciente de retornar al seno materno e incluso más allá, fundiéndose con la matriz de la vida y el anhelo contrario de destruir a la madre, es decir, de destruir el lenguaje.

No es una casualidad que una de las grandes novelas de nuestro tiempo donde este juego de terrible lanzadera mejor se manifiesta sea *Watt*, uno de los libros más importantes de *Samuel Beckett* y de cuyo protagonista se ha afirmado que es la reproducción en clave de la vida de *Ludwig Wittgenstein*, el gran filósofo del lenguaje.

* * *

Estoy ahora en situación de dar *un paso atrás* y examinar como desde un altozano el camino recorrido. Al rendir homenaje a ese gran escritor que fue *Eugenio Montes*, mi predecesor en este Sillón L de la Real Academia Española, dije ya que, en esbozo, estuvo a punto de ser un «extraterritorial» en el sentido que da a este término *George Steiner*, con dos lenguajes maternos. Fue este mismo crítico, *Steiner*, quien señaló que los grandes artistas del lenguaje en nuestro tiempo escribieron y escriben con igual maestría en dos idiomas: *Nabokov*, *Yeats*, el propio *Samuel Beckett*, *Canetti* y en otras épocas *Heine*. En España, *José Plá*, *Valle Inclán*, *Cela*, *Cunqueiro* y algunos otros. El propio *Steiner*, acaso para resolver ese drama íntimo de las muchas lenguas maternas, terminó por componer un excelente libro sobre el «arte de traducir» titulado *Después de Babel*, y que podemos leer en una buena traducción castellana. *Paul Celan*, un gran poeta críptico nacido en Besarabia y que escribió en un alemán hermoso y dislocado hizo de sus últimos poemas (según el crítico *Böschenstein*) un «lenguaje contra el lenguaje», una especie de contralenguaje. Su trágico destino le llevó de Cernowitsch a París, donde se suicida arrojándose al Sena. Dominaba varios lenguajes maternos, llevando al alemán, en el que están escritos sus poemas, formas sintácticas del ruso.

Examiné a continuación tres de los escenarios en los que el lenguaje se presenta al médico: el *histriónico*, el del *vacío* y el del *delirio*.

Al llegar a éste, al del delirio, debo recordar una singularísima obra escrita por un esquizofrénico, *Louis Wolfson*, y prologada por *Deleuze*. El libro, *Le Schizo et les langues* (París, 1970), es un valioso documento a la vez histórico, lingüístico y médico. Su tesis está condensada en esta frase: «Y, en efecto, de lo que se trata es de destruir la lengua materna». A lo que se añade: «la lingüística es un asesinato ritual y propiciatorio de la lengua maternal». Lo cual es aducido en su gran estudio sobre *Beckett* por *Waltraud Gölder* para explicarnos por qué los protagonistas del autor de *Watt* intentan regresar a un estado anterior al nacer y en el que ya no hay vida. Maldicen, como Segismundo, de haber nacido. «Mala madre y palabras ladronas» es la queja. Ambos, madre y lenguaje son engañosos, falsarios, ambos impiden que lleguemos a ser nosotros mismos; nos roban nuestra identidad. Todavía no se había publicado, cuando se describieron estas líneas, la gran biografía de *Samuel Beckett* por *Deidre Bair*, en la que se nos cuenta que la madre del escritor, *May*, «con la excusa de su insomnio», eludía la relación física con su marido durmiendo en cuarto aparte. Pero esto le llevaba a pasear durante toda la noche por la casa, en silencio y oscuridad como un fantasma. La evidente patología de la madre de *Samuel Beckett* viene así a reunirse con el rico muestrario de figuras maternas muy neuróticas a las que, de manera indirecta, debe la literatura creaciones geniales.

El crítico *Gölder* es más marxista que psicoanalista, aunque juega con talento a los dos paños. Lo que de sus palabras más me importa es la coincidencia entre el caminar secreto del lenguaje y el proceso paulatino de la destrucción de la comunicación interhumana. ¡Ah! Esto sí que merece ser subrayado y precisamente en este lugar donde el lenguaje es vigilado «en su esplendor», como reza el lema de esta Real Academia Española. La insidiosa corrosión del poder comunicativo del lenguaje empieza a ser denunciada ya por *Marcel Proust*, como el propio *Beckett* señala. La comunicación de la informática, desprovista de su halo sagrado, es por el momento la última etapa de este proceso.

Ahora bien, para entender esto hemos de añadir a los diversos lenguajes con los que el médico se encuentra en su camino, a saber, el verbal, el fisonómico, el tonal, el patético, el icónico, otro de gran interés en Patología: el de las atmósferas o «climas» mediante los cuales se lleva a cabo, de una en otra generación, con prohibiciones tácitas, limitaciones secretas, esto es lo que en la actualidad se denomina «fidelidades ocultas». Me explicaré mejor. Todos obedecemos en lo más hondo de nosotros a consignas nunca escritas ni pronunciadas

que gobiernan nuestra vida desde generaciones y generaciones mediante la creación por el lenguaje emocional y todos sus ricos armónicos musicales, por la acción géstica o fisionómica, por acentos, énfasis, actitudes, etc., de una atmósfera o clima sutilísimos. En esta atmósfera y en este clima nuestros antepasados nos encierran, sin saberlo nosotros, en invisibles prisiones.

Se me dirá, de nuevo, que esto no es lenguaje. Como médico he de disentir. Esta «comunicación» de climas familiares, tan impalpable que aun el especialista educado para escucharlo puede necesitar meses de convivencia estrecha con el núcleo familiar, disfrazado de asistente social o de enfermero, para percibirlo, se hace mediante signos y símbolos pero también por palabras, por construcciones sintácticas afinadas por los siglos. Así se transmiten las «consignas» del clan familiar, las «fidelidades secretas», las normas heredadas. Que actúan hoy, en todos los rincones del Planeta, modelando lo más profundo de la persona. Invisibles para el que no haya aprendido a percibirlos, son las que determinan conductas tradicionales, de conformidad o de rebeldía, docilidades difíciles de explicar, suscitan matrimonios consanguíneos y conflictivos, odios que se perpetúan.

Tres generaciones bastan, conforme a la experiencia, para engendrar el escenario del delirio; dos o una son suficientes para preparar la escenografía del vacío. ¡Tanto poder tienen esas escondidas fuerzas del lenguaje que el médico actual acierta a reconstruir como el arqueólogo diestro que sabe hacer correr de nuevo la vida por las ruinas de una ciudad desaparecida!

Tenía que intentar reflejar aquí la fuerza configuradora de las palabras cuando se vuelven clima o atmósfera que se transmite casi con la fuerza de los genes, para que observásemos el devastador alcance del lenguaje cuando éste se deshumaniza. La palabra estereotipada, convertida en cliché, crece fabulosamente en nuestros días. Un estudio estadístico de las llamadas telefónicas demuestra a la vez que la penuria del vocabulario significativo el despilfarro de las frases inútiles. El 75 por 100 de los mensajes que se transmiten por el teléfono o por los computadores no emplean más que un centenar de palabras de las seiscientas mil que tiene el inglés. Dice *George Steiner* que la abolición de los tabúes sexuales ha aniquilado la fuerza y la vitalidad que existe en el centro más misterioso del lenguaje.

Ya sé que con esto no digo nada nuevo. Por eso voy a volver a mi función de médico. Si hacemos ahora un análisis estadístico, «objetivo», del lenguaje que habla un grupo de enfermos neuróticos, compa-

rándolo con el de un grupo de enfermos «psicosomáticos» del mismo nivel intelectual, que padecen úlceras de estómago, hipertensión, asma, reumatismo, etc., nos encontramos con un menor empleo de verbos auxiliares, de adjetivos, con un abuso de formas gramaticalmente incompletas, con el empleo del *se* en lugar del *yo* y con la alusión sistemática de palabras que pueden estar cargadas de emoción (*Von Cad, Lalucat y Lolas*).

Pero—se me dirá—, ¿no explicaba usted hace un momento que no creía en el «pensamiento operatorio»? Deseo ser bien interpretado. La llamada «devaluación del lenguaje, lo que *Steiner* califica de «retirada de la palabra» se manifiesta hoy en el mundo en forma universal. Pero si los médicos que hablan de «alexitimia» tuviesen razón, si la pobreza semántica favoreciese de alguna manera la enfermedad orgánica, ¿qué inmensa responsabilidad para todos nosotros? Médicos, educadores, lingüistas, escritores. Entonces este lema de la Real Academia Española que nos prescribe limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua alcanzaría en esta última consigna, la del *esplendor*, dimensiones que van más allá de la idea del lenguaje como instrumento. Un lenguaje sin esplendor sería entonces signo de algo que hace enfermar al hombre y cuidar de la pureza y de la riqueza de la lengua pasa, de pronto, a convertirse en uno de los gloriosos compromisos, devolver al ser humano con el esplendor de la lengua a la plenitud de su riqueza, de su armonía corporal y moral.

Si hasta este momento hablé del médico ante el lenguaje no puedo olvidar que en nuestro tiempo el especialista de la lengua, el lingüista se encuentra ante un hecho médico que es como una veta aurífera que hubiese surgido en su pesquisa cotidiana. Ese diálogo singular que tiene por escenario el diván psicoanalítico, el que el buen psicoanalista tiene con su enfermo es actualmente motivo de investigación por el lingüista. Y asimismo es objeto de la meditación del filósofo. Recordemos las últimas obras de *Derrida* y también a *Ricoeur*, en su erudito libro sobre la metáfora. Pero ya he alargado demasiado este discurso y las cuestiones a que acabo de referirme están, por decirlo así, todavía en la mesa de laboratorio, confusas aún por brillantes que sean los análisis que se han hecho.

Antes de terminar mis palabras he de decir algo que no puedo eludir. Al menos si he de ser fiel a mi experiencia de médico con el lenguaje. Para ello he de olvidarme de todos los prejuicios de nuestra época histórica que tiene en su esencia como triste destino el de desvalorizar u olvidar lo sagrado.

Si he de hablar de la experiencia médica del límite, sí, siguiendo a *Van Buren*, pensamos que el lenguaje se mueve siempre sobre el precipicio del ser, en el borde de la existencia, si de ser honesto con mi oficio de observador lo más lúcido posible de la realidad más real, tengo que concluir este *Discurso* ante vosotros manifestando mi creencia de que el lenguaje, ese don, en poca cosa queda si en lugar de comportarse como pótro que se encabrita ante el abismo, echándose hacia atrás, no sabe mirar serenamente el misterio que nos circunda.

Los médicos tenemos fama de positivistas, porque siempre encontramos una explicación para lo milagroso. En mi experiencia de médico he asistido a experiencias dramáticas, a vidas y muertes extraordinarias, he podido seguir destinos mucho más inverosímiles que la más inverosímil de las novelas. También he vivido—lo digo con sencillez y humildad—curaciones milagrosas. *Van Buren*, un teólogo norteamericano, en su libro *The Edge of Language*, que yo traduciría por *El filo del lenguaje*, nos dice que Dios habla desde ese último límite sobre el abismo. Todo médico tiene que haberlo escuchado alguna vez. Sea o no creyente, un día una realidad inmensa se le revela. Libre es de explicarla a su manera. O de olvidarla. Puede esquivar esa sima de que habló *Unamuno* en un soneto estremecedor. Esa sima, señores académicos, forma parte también de la vida del médico. De ella asciende hacia él, mortal como sus enfermos, el supremo lenguaje.

J. Rof Carballo

BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE Y ORTIZ DE ZÁRATE (Duque de Alba): *Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes*. Madrid, 1984.
- ARENDETT, Hannah: *La vie de l'esprit*, vol. 1: «La pensée». P.U.F. París, 1978.
- ARTAUD, A.: *Oeuvres complètes*, IV. «Le Théâtre et son double», nrf. Gallimard. París, 1978.
- BALLY, Gustav: *Einführung in die Psychoanalyse*. Rohwolt. München, 1961.
- BAIR, D.: *Samuel Beckett*. Jonathan Cape. London, 1978.
- BECKETT, Samuel: *Proust*. John Calder. London, 1970.
- *Watt*. John Calder. London, 1978.

- BRUNNER, F., y colabs.: *Von Wesen der Sprache*. Francke, Bern und Munich, 1967.
- BENZ, Ernst: «Die schöpferische Bedeutung des Wortes bei Jacob Boehme», *Eranos*, 39, pág. 1, 1970. Brill. Leiden.
- BERTAUX, P.: *Friedrich Hölderlin*. Suhrkamp. Frankfurt/M. 1978.
- BRÄUTIGAM y M. v. RAD (eds.): «Toward a theory of psychosomatic disorders», vol. 28, núm. 1-4 de *Psychotherapy and psychosomatics*. Karger, Basel, München, etc., 1977.
- CELAN, Paul: *Ausgewählte Gedichte*. Suhrkamp Verlag. Frankfurt/M. 1980.
- CROSSAN, J. D.: «Stages in imagination», en «The archaeology of the imagination», *Journ. Am. Acad. Religion Studies*, vol. 48, núm. 2, 1981.
- CHANGEUX, J. P. (V. mi libro *Teoría y práctica psicósomática*, 1984.)
- CHOMSKY, Noan: *Studies on semantics in generative grammar*. Mouton, The Hague. París, 1972.
- *Reflections on language*. Pantheon Books. Nueva York, 1975.
- DURAND, Gilbert: «Linguistique et métalangages», *Eranos*, 39, pág. 341, 1970.
- ELIOT, T. S.: *The cocktail party*. Faber and Faber, 1950.
- ERICKSON, St. A.: *Language and being*. Yale Univ. Press. New Haven. Londres, 1970.
- FERRATER MORA, J.: *Indagaciones sobre el lenguaje*. Alianza Editorial. Madrid, 1970.
- FOUCAULT, M.: *Histoire de la folie à l'âge classique*. Gallimard. París, 1972.
- FUNK, Robert W.: «On dandelion: the problem of language», en «The archaeology of the imagination», *Journ. Am. Acad. Religion Studies*, vol. 48, página 79, núm. 2, 1981.
- GOLTER, Waltraud: «Entfremdung als Konstituens bürgerlicher Literatur, dargestellt am Beispiel Samuel Becketts», *Studia Romanica*, Heft 27. Carl Winter. Universitätsverlag. Heidelberg, 1976.
- HALL, E. T.: *The silent language*. Doubleday and Cia. Nueva York, 1959.
- HEIDEGGER, M.: *Unterwegs zur Sprache*. Neske. Tubinga, 1959.
- HEINTZ, G.: *Peter Handke*. Oldenburg. München, 1974.
- HENRIK PETERS, U.: *Hölderlin. Wider die These von edlen Simulanten*. Rohwolt, 1982.

- IRIGARAY, Luce: *L'oubli de l'air*. Editions de Minuit, París, 1983.
- JÜNGER, Friedrich Georg: *Sprache und Denken*. Vittorio Klostermann. Frankfurt/M. 1962.
- LAÍN ENTRALGO, P.: *Teoría y realidad del otro*. Dos tomos. «Revista de Occidente.» Madrid, 1971.
- *La historia clínica*. Salvat. Barcelona, 1950.
- *La relación médico-enfermo*, «Revista de Occidente». Madrid, 1964.
- *El diagnóstico médico. Historia y teoría*. Salvat. Barcelona, 1982.
- LÁZARO CARRETER, F.: «Ortega y la metáfora», *Cuenta y Razón*, núm. 11, mayo-junio 1983.
- LAPLANCHE, J.: *Hölderlin et la question du père*. P.U.F. París, 1961.
- LEVY, J., y C. TREVARTHEN: «Percentual, semantic and phonetic aspects of elementary language processes in split-brain patients», *Brain*, 100: 105, 1977.
- MACFARLANE, Burnet: *Genes, dreams and realities*. MTP. Aylesbury Bucks, 1971.
- MARÍAS, Julián: *Ortega. Circunstancia y vocación*. Alianza Editorial. Madrid, 1983.
- MARTY, P.: *L'ordre psychosomatique*. Payot. París, 1980.
- MILLER, D. L.: «Between God and the Gods», *Eranos*, vol. 49, pág. 81. Frankfurt/M. 1981.
- MILNER, Brenda: «Hemispheric specialization: scope and limits», en *The neurosciences. Third Study Program*, pág. 75. MIT Press. Cambridge, 1974.
- MORRIS ENGEL, S.: *Language and illumination*. Martinus Nijhoff. The Hague, 1969.
- MOSER, T.: *Grammatik der Gefühle*. Suhrkamp. Frankfurt/M. 1979.
- ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*, II, pág. 79. «Revista de Occidente». Madrid.
- PEREGRÍN OTERO, C.: *Evolución y revolución en Romance*. Seix Barral, Barcelona, 1976.
- PICARD, Max: *Die Welt des Schweigens*. Fischer. Frankfurt/M. 1959.
- PITTINGER, R. E. Ch. E. HOCKETT, J. J. J. DANNEY: *The first five minutes*. Paul Martineau. Ithaca New York, 1960.
- PORTMANN, A.: «Der Weg zum Wort: Stufen lebendiger Kommunikation», en *Eranos*, 39, pág. 1937. E. J. Brill. Leiden, 1973.
- RICOEUR, P.: *La métaphore vive*. Seuil, París, 1975.
- ROF CARBALLO, J.: *Cerebro interno y mundo emocional*. Labor, Barcelona, 1952.
- *Urdimbre afectiva y enfermedad*. Labor, Barcelona, 1960.
- *Fronteras vivas del psicoanálisis*. Karpos, Madrid, 1975.
- *Teoría y práctica psicósomática*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1984.
- ROMANYSKYN, Robert D.: «The Circle of Confusion: From Psychology through Science to Metaphor». En *The Archaeology of the Imagination. Journ. Am. Acad. Religion Studies*. Vol. 48, núm. 2, pág. 31, 1981.
- ROSTAND, F.: *Grammaire et affectivité*. Librairie Philosophique. París, 1951.
- SCHAJOWICZ, L.: *Los nuevos sofistas*. Ed. Universitaria. Río Piedras. Puerto Rico, 1979.
- SCHOLEM, G.: «Der Name Gottes und die Sprachtheorie der Kabbala». *Eranos*, 39, pág. 243, E. J. Brill, Leiden, 1973.
- SHOROWITZ, A. (Ed.): *Der leidende Mensch*. Wissench. Buchgesellschaft, Darmstadt, 1974.
- SEBEOK, Th. A.; ALFRED S. HAYES and MARY CATHERINE BATESON (Eds.): *Approaches to Semiotics*. Mouton & Co. The Hague, París, 1972.
- STEINER, G.: *Extraterritorial. Papers on Literature & The Language Revolution*. Atheneum. New York, 1971.
- *Language and Silence. Essays on language. Literature and the Inhuman*. Atheneum. New York, 1967.
- *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y La traducción*. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- UEXKÜLL, Th. v.: «Körperwelt: Grenze und Kommunikation». *Eranos*, 39, 1970. E. J. Brill. Leiden, 1975.
- WINQUIST, Ch. E.: «The Archaeology of the Imagination: Preliminary Excavations». En *The Archaeology of the Imagination. Journ. Am. Acad. Religion Studies*. Vol. 48, núm. 2, pág. 63, 1981.
- WITTGENSTEIN, L.: *Vermischte Bemerkungen*. Basil Blackwell, Oxford.
- WOLFSON, L.: *The Schizo et les langues*. Gallimard, NRF, París, 1970.
- ZAIDEL, F.: «Auditory language comprehension in the right hemisphere following cerebral commissurotomy and hemispherectomy: a comparison with child language and aphasia». En *Language Acquisition and Language Breakdown: Parallels and Divergences*. (Caramazo, A. y Zurif, E. B. (Eds.), págs. 229-275. John Hopkins, Baltimore, 1977.

CONTESTACION DEL EXCMO. SR. D. JOAQUIN CALVO SOTELO

Señores Académicos:

No se me oculta que el que recibe, en nombre de la Real Academia Española, a quien llega a sus puertas, ha de ser discreto y breve, persuadido de que, en este trance, el protagonista absoluto es el recipiendario y lo más relevante de la ceremonia de su ingreso es su discurso. El de contestación es sólo un poco más que puro protocolo pero, aun siendo consciente de ello, persuadido de la talla del nuevo catecúmeno, confieso haberme sentido en trance de desaliento y renuncia, pensando que la responsabilidad que me incumbe es grave y que cualquiera de mis *compañeros* hubiese asumido esa honrosísima tarea con más autoridad y brillantez que yo.

Me echo a buscar las razones que disculpen el haberla aceptado y sólo hallo una que me devuelve la tranquilidad perdida: el afecto que me une a *Juan Rof Carballo*, terreno éste en el que me atrevo a luchar con todos mis colegas y hasta darles algunos puntos de ventaja. Afecto antiguo, cultivado esporádicamente, nacido de afinidades de varia índole y basado en la admiración que alguna vez me he atrevido a definir como el amor permitido de los hombres a los hombres y que, de señalada manera, me liga al recién llegado.

¿Cómo no ha de ser así? Basta echar una ojeada a su trayectoria profesional para legitimar esa admiración. Por sus frutos le conoceréis... Sí, ¿cómo dudarle? Pero por sus profesores también. De *Rof* lo han sido *Pittaluga*, *Eppinger*, *Hoff*, *Jiménez Díaz*, *Marañón*, *Busch*, *Guillain*, figuras éstas de singular renombre en sus especialidades respectivas. *Rof* ha saltado de estudiar Hematología en Madrid a estudiar Neurología en Viena o Endocrinología. Ha sido pensionado en Alemania, Austria, Dinamarca... Ha investigado en la Fundación Rockefeller sobre los trastornos carenciales de la postguerra, ha sido jefe de Endocrinología del Instituto de Investigaciones Científicas con *Jiménez Díaz*, y de Endocrinología Psicomática en el Instituto de Patología Médica con *Marañón*. Es miembro de honor de muchas sociedades extranjeras y titular del *International College of Psychosomatic Medicine* y llega a la Academia Española, después de serlo de la de Medicina desde 1969. Es curioso que, profesor nato, no lo sea de derecho, fenómeno éste que aunque se da con triste frecuencia en nuestro país, no deja de sorprendernos y de producirnos tristeza a la vez. *Rof Carballo* ha de escanciar su ciencia en su consulta, a pequeños sorbos o, ya

con mayor amplitud pero sin la palpación directa y emotiva de la voz, a través de los libros, que se acercan a la veintena, y de la miscelánea de sus trabajos científicos que pasan de los trescientos. Cito entre aquéllos *Cerebro interno* y *Mundo emocional*, *Cerebro interno y Sociedad*, *Disproteinemias*, *Niño, Familia y Sociedad*, *Violencia y Ternura*, *Rebelión y Futuro...* y *Mito e realidade da Terra Nai*. Porque éste es el momento de decir que *Rof Carballo* es gallego, a mi juicio como se debe ser, quizá obcecado porque yo lo soy a su estilo, un estilo del que, por desgracia, abundan los disidentes en nuestra hosca periferia: *Rof Carballo* valora y adora Galicia, como una perla de finísimo nácar, pero no aislada del resto de la península, sino engastada en ese collar indestructible que se llama España.

En la psicología galaica se advierten, entre otras características, cuatro muy generalizadas: la ternura, el humor, la humildad y el misterio. Yo no diré si *Rof Carballo* participa de todas y en qué medida, o de ninguna de ellas, pero sí que a su silueta de paseante madrileño la envuelve una bruma casi perceptible. Este lucense de voz pausada, capaz de llegar a la confidencia en una sola oración de sujeto, verbo y predicado, de sumar en el mismo movimiento de los labios la ironía y la bondad, al que le brillan los ojos movedizos e interrogadores a través de los cristales de las gafas, proviene, sin duda, de lejanas latitudes; se advierte, claro está, que anduvo mucho por los soportales compostelanos, pero se le nota también que vio pasar las aguas del Neckar, o del Rin o del Danubio mientras tomaba sus apuntes y que oyó las campanas de la Catedral de Colonia o de San Esteban, al comienzo o al fin de sus jornadas. Es una mezcla singularísima en nuestro medio urbano de celta y de germánico y es, sobre todo, la representación viva del sabio hecho a partes iguales de profundidad y de modestia.

Esas facetas de su idiosincrasia y otras que no es adecuado traer a colación ahora, se contienen en un excipiente máximo que es la bondad. Mucho se ha repetido aquel verso de Machado, en el que, autodefiniéndose, decía: «soy, en el buen sentido de la palabra, bueno». Siempre me permití discrepar del inmenso poeta porque, a mi juicio, la palabra bueno no tiene ningún sentido malo: ni ser un buen hombre, aunque así se dibuje al apocado, al pobrecito. Naturalmente, ser bueno hasta la medula, tal y como se creía ser— y acertaba—don Antonio, es preferible. Pues así es *Rof Carballo*. Añadamos que la bondad—virtud rara y preciosa—es resultante de la cristalización de otras muchas, quizá menos redondas: la simpatía, la generosidad, la tolerancia...

Naturalmente, la bondad no es lo que ha decidido a la Academia

a incorporarle a sus filas. La Academia no es el cenáculo de las buenas almas y en ella, como en toda colectividad humana, aun las Ordenes religiosas, junto al serafismo de algunas pueden tropezarse otras de esquinas psicosis sin que esa mixtura rebaje su magisterio o su autoridad. Es el talento público y notorio de *Rof Carballo* lo que le ha hecho merecer una votación clamorosa y por el que, con plenitud de méritos, se encuentra hoy aquí.

De los numerosos volúmenes que llevan su firma señalé como significativo el escrito en gallego. Hay otro, a mi entender, que sintetiza la mayoría de sus preocupaciones intelectuales: *Entre el silencio y la palabra*, esto es, el espacio que media entre el alma silenciosa, incógnita e inexplorada, y ese maravilloso universo en que, por medio del lenguaje, se abre como una dama de noche y muestra y explica hasta el límite en que es posible lo muchas veces inexplicable: la orografía humana, hecha de mil complejas sensaciones, de afectos, de odios, de excelsas virtudes y demoníacas perversidades.

En su discurso, legado de sus experiencias, muestrario de sus incontables lecturas, late la misma inquietud que es, al fin y al cabo, pieza clave de su formación científica y de su actividad profesional: el habla, la suprema condición del hombre. ¡Cuántas cosas que los profanos desconocemos acabamos de oírle, cosas por las que ha pasado a la ligera, dándolas por sabidas y resabidas! Quizá no sea yo el único de cuantos aquí nos encontramos que ignorase la homogeneidad entre los músculos cardíacos y la laringe, lo que convierte la metáfora poética en realidad tangible; la aptitud de los delfines para la comunicación con otros seres basada en la expresividad de las aletas y la de la piel para la denuncia de las altas y bajas de la tensión arterial, de la intimidad de nuestros órganos más escondidos... La piel... ¿Quién iba a imaginarlo? No me resisto a la tentación de decir que ya no puede uno fiarse de nada. Resulta, según *Rof Carballo*, que hay otro lenguaje, aparte de éste que componemos con las palabras: un lenguaje recóndito, una especie de diccionario de las tuberías y alcantarillas del organismo, que es el que hablan las vísceras y que algunas enfermedades, *verbi gratia*, las de las coronarias, tienen sus remotos orígenes en las dificultades de entendimiento, de traducción entre ellas. En verdad, el discurso de *Rof Carballo* nos asoma a un mundo lleno de maravillas que nos fascina tanto o más que el que nos circunda y en el que físicamente nos desenvolvemos, y que nos abre innumerables ventanas y nos plantea innumerables problemas... Creo que el adjetivo que más le conviene es el de desasosegante. Por ejem-

plo, *Rof Carballo* nos habla del «útero social», el que sigue al útero anatómico y en el que, en la primera fase de su vida, el niño construye el llamado «esquema corporal»; hace un estudio del libro *The first five minutes*, que conserva todavía, veinticinco años después de publicado, un enorme valor; de los distintos tipos de inteligencia, y centra en el laberinto del lenguaje los tres más importantes escenarios médicos: «el histriónico, el del vacío y el de la frontera del delirio». Sus comentarios sobre el trastorno operatorio del lenguaje, al que aplica un neologismo—alexitimia—, son turbadores; sus experiencias parisienses en la sesión clínica del doctor *D'Uzan* se leen con agustia y las diferencias que subraya del habla del enfermo, desde los tiempos del doctor *Charcot* y de nuestro *Novoa Santos* a hoy, nos llenan de asombro. Como aprendiz de dramaturgo tengo que agradecerle la gentileza de ceder la primacía en la creación de ese lenguaje a las grandes figuras del «teatro del absurdo». No pocas veces en la historia de la literatura la imaginación ha precedido a la ciencia. El ejemplo es demasiado elemental, pero no es elegante olvidar que Julio Verne anticipa las patentes de invención del siglo actual. *Rof Carballo* rinde homenaje al poeta Paul Claudel, precursor de ciertos neurofisiólogos que aún no se han enterado de la dependencia y buenas migas que hacen entre sí los hemisferios cerebrales. A pesar de esas reverencias no se siente disminuido jerárquicamente, y es porque al transferir de los médicos a los escritores algunas adivinaciones, algunas intuiciones sobrecogedoras, no se sale de su mundo intelectual, sino que se limita, simplemente, a trasladarse de un lugar a otro dentro de su mismo marco.

Sería pueril, por mi parte, que yo redujese mi respuesta a un simple análisis de su discurso. He de poner de relieve su densidad, el *humus* bibliográfico en el que se apoya, pero lo que nos cuenta sobre las posibilidades terapéuticas de la dietilamina del ácido lisérgico, que es nada más y nada menos que el LSD que tantos estragos hace en la juventud de nuestros días, vale la pena de meditarlo. Si a la sabiduría del hombre le hubiese acompañado siempre la prudencia no contemplaríamos el universo *sub specie terroris* como ahora lo hacemos. El mundo se escalofría pensando que de un resorte o de un teléfono depende su acabamiento, esto es, la anticreación, el retorno al día anterior del primero de los del Génesis. Invito a leer despaciosa y meditativamente el trabajo de *Rof Carballo*, a cuyo último extracto renuncio. Pero no quisiera, aunque no sea sino por seguir la tradición de estos actos, que todo fuese de mi parte conformidad y aceptación

de sus tesis. No. Hay algo de lo que disiento. Bien; tal vez disentir sea excesivo, pero sí me pregunto en voz alta si es cierta o no la posible coexistencia de dos lenguajes maternos en el mismo individuo, como *Rof Carballo* afirma, adicionando a su propia autoridad, por si fuera insuficiente, la de *George Steiner*.

Según *Steiner*, los grandes artistas del lenguaje de nuestro tiempo escriben con igual maestría en dos idiomas. Cita a *Nabokov*, a *Yeats*, a *Beckett*. Por su cuenta, *Rof* nombra a *José Pla*, a *Valle-Inclán*, a *Cela*, a *Cunqueiro* y a *Eugenio Montes*. A su lista podría añadirse *Salvador de Madariaga*. Quizá el parentesco de las lenguas habladas por éstos—la castellana, la galaica y la catalana—haga menos dificultoso el salto de la una a la otra, pero a mí me acomete la sospecha de que su maestría no es idéntica en los dos campos. Buscando la paridad en el manejo del francés, el inglés y el italiano, sabemos que *Oscar Wilde* escribió en francés su *Salomé*, pero que *André Gide* hubo de repasarla y que a análoga revisión hubo de someter *Gabriele d'Annunzio Le martyr de Saint Sebastien*, concebido originalmente en la lengua del *Dante*. Sin llegar al exceso de los que aseguran que sólo se domina aquella lengua en la que se multiplica por nueve, en la que se reza, en la que nacieron los primeros versos y en la que se sueña, la verdad es que en la lectura de esos escritores ambivalentes algo denuncia de pronto su filiación auténtica: un giro, a veces muy leve, una palabra desencajada de su significado profundo, un ritmo, un perfume tenue que delata su extranjería. Me refiero, claro está, a las obras literarias, de especialísima manera a la poesía, de tan difícil acceso, y no, evidentemente, al simple poliglotismo que abre las puertas del comercio, de la diplomacia, de la sociedad internacional, de los Hilton y aun de las supremas instancias de la Iglesia. Luego queda el tema de la prosodia... Y la prosodia funciona como los acusas de los colegios que señalan con su índice al transgresor de las reglas.

En fin, vuelvo, arrepentido de la disparidad episódica con una de las varias tesis que sustenta *Rof Carballo*, a su elogio. Al elogio del hombre de ciencia y del hombre de letras. La alianza de ambos es siempre fecunda. El escritor se beneficia de la precisión del científico, y éste, de la jugosidad, del lustroso aceite de una prosa bien medida que enriquece cuanto dice. Así forma una personalidad homogénea: el curioso—utilizo aquí la palabra curioso en su más alto significado, esto es, ávido de saber—y el escritor, en suma, el humanista *Rof Carballo* trabaja tanto sobre el mundo abstracto de la medicina como

sobre el muy concreto del paciente, al que escruta e interroga para adivinar cuáles de sus resortes flaquean y reactivarlos. Nadie piense que *Rof Carballo* sea el idólatra de las radiografías o de los *scanners*. Palpador de las almas, lo único que no pide a sus enfermos es que le digan «treinta y tres», numeral que, al parecer, resuena denunciadoramente en los pulmones y que todos hemos pronunciado a requerimiento de los galenos que nos han caído en suerte, sino otras palabras sutilísimas y escondidas que descubren súbitamente el mapa entero de la dolencia. La técnica profesional de *Rof Carballo* se apoya en las largas y apasionantes conversaciones, en los interrogatorios inflexibles, semipoliciales, con el enfermo, de los que de pronto surge su flanco débil, su paisaje patológico y, de modo simultáneo, su tratamiento. Deben ser gozosísimos esos instantes. Conocida la cifra y llave del mal se está en condiciones de combatirlo y aun de derrotarlo, salvo si el enemigo está mejor artillado que el profesor y se llama la muerte, la eterna victoriosa, sin glorias ni arcos de triunfo, monocorde. Pero *Rof Carballo* sabe que esos instantes garantizan el sueño tranquilo de la jornada y, lo que importa más, la paz del alma que no se quiebra nunca. Es una pena que los diálogos con sus enfermos permanezcan inéditos: veríamos cómo son de profundos, de sagaces, de inteligentes.

La enumeración de los méritos de *Rof Carballo* permite adivinar la complacencia con que hoy le recibe la Academia. La Academia ha tenido siempre en sus filas ilustres doctores en Medicina al modo de médicos de cabecera. La figura del médico de cabecera va desapareciendo de nuestro encuadre familiar; se le ve todavía, por derecho propio, en el retablo del primer tercio del siglo, para difuminarse lentamente. Yo añoro su silueta, a medias conmovido, a medias entristecido, soñando con su resurrección casi imposible. En la lista de los miembros de esta Casa se cuentan nada menos que trece predecesores de *Rof Carballo*. En *Santiago Ramón y Cajal* hemos reverenciado propios y extraños al maestro por excelencia. Le sucede *cum laude Marañón*, por tantas razones preeminente, y me parece ocioso subrayar la autoridad de nuestro Director de hoy. Todos éstos tuvieron asiento en las aulas de *Hipócrates*. Otros ilustres compañeros ostentaron el mismo título de licenciados o doctores en Medicina con menos notoriedad debido a que el esplendor de sus talentos literarios obscureció los restantes. Don *Pío Baroja* es uno de ellos, que se doctoró en Madrid en el año 1893 y ejerció su carrera en Cestona, y para nuestra suerte—no me atrevo a decir si también de sus enfermos—cambió

las recetas por las cuartillas. *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* fue uno de los primeros frutos del cambio. Don Ramón de Campoamor, sí, el vate sedente de las frondas del Retiro, con su chistera, su bastón—«escribidme una carta, señor cura, a un lado, y «el gaitero de Gijón», al otro—, fue cirujano-sangrador, ¡sangrador, Dios mío!, titulado en San Carlos. Su discurso de ingreso se llamaba—¿quién lo diría?—*La metafísica, fija y da esplendor*. El doctor don Eugenio de la Peña, el primero que se registra como tal en los comienzos del 19—acaso algún otro le haya precedido—, don Agustín García Arrieta, don Mateo Seoane, don Pedro Felipe Monlau, don José Francos Rodríguez, el marqués de San Gregorio, el conde Gimeno, don Carlos María Cortezo y don Pedro Lain, completan la lista.

Es curioso que casi ninguno tratase en su discurso temas relacionados con su profesión original. Don Pedro Felipe Monleu se ocupó de *El origen y formación del romance castellano*; el doctor Tomás y Corral, marqués de San Gregorio, de *La concordancia lógica del pensamiento con su expresión*; Francos Rodríguez, de *El periodismo y su desenvolvimiento en España*; don Amalio Gimeno, de *La metáfora y el símil en la literatura científica*; Baroja, de *La formación psicológica del escritor*; Lain Entralgo, de *La memoria y la esperanza*. Al entrar en esta Casa, las batas de la consulta eran sustituidas por las severas ropas del frac de ritual. Marañón disertó sobre un tema que rozaba su trabajo cotidiano: el ambiente biológico y médico del padre Feijóo. Sólo el doctor Cortezo atacó por derecho, beligerantemente, otro más próximo. He aquí su título, bien significativo: *¿Por qué siendo la Medicina una noble aspiración al bienestar humano, al remedio del dolor y a la prolongación de la vida, la literatura y el arte se han encarnizado en satirizarla?* Rof Carballo, ya le oísteis, se sumergió en uno de los agujeros negros—como los llaman los astrónomos—de la ciencia. Ahí es nada: la Medicina y el lenguaje, y habréis advertido con qué sutileza ha aclarado parte de sus misterios.

Hace así el décimocuarto de los médicos que honran y, a la vez, tranquilizan con su sola presencia a los miembros de esta Casa. Entiéndase bien esto de la tranquilidad: no es que veamos al doctor Rof Carballo como el profesional de plantilla dispuesto a trasladarse con su fonendoscopio, su medidor de tensión, su repertorio de píldoras o inyectables al lecho donde alguno de sus nuevos compañeros yace aquejado de una afección cerebral, pancreática, cardíaca o simplemente de unas anginas, sino al que tiene como tarea propia la auscultación de ese gran enfermo crónico que es el Diccionario de la Lengua,

al que cada jueves ha de recetar lo que mejor conviene para infundir claridad y precisión en las definiciones relacionadas con su disciplina, de las cuales—a propósito—la primera es «Absceso», y la última, «Zoonosis», enfermedad de los animales que se comunica a las personas. Entre ambas, entre el alfa y omega del Libro Mayor de nuestro idioma, ¿cuántas nuevas no han surgido desde la edición de 1970 a la que pronto saldrá a la calle, como consecuencia de esa fiebre investigadora que es una de las más nobles características de nuestra época? Demos, pues, por descontado que la tarea que le espera al catecúmeno es ardua. Son múltiples las actividades humanas dotadas de un vocabulario específico que el profano ignora. El vocablo marinero, el filosófico, el químico son ricos y, a la vez, oscuros para el que no se mueve en sus lindes. Es difícil, sin embargo, superar la riqueza, la capacidad críptica del médico. Dos médicos, sin riesgo alguno de ser comprendidos, pueden estar refiriéndose a la inmediata muerte del enfermo mientras éste trata de adivinar por los gestos, por el tono, cuál es realmente su estado. Convengamos que su reacción natural, cuando no entiende lo que dicen de él los que le examinan, es nefasta. Y, seamos justos, con sobradas razones.

Infinitas veces se debate el terrible problema deontológico que se le plantea al médico de si debe o no dar al enfermo noticia de su inevitable muerte. Hay muy diversas maneras de abandonar la vida. Los suicidas, por su propia voluntad, viendo en su desaparición, enfermizamente, un mal menor, esto es, un burladero del sufrimiento, de la deshonra, de la ruina, de la soledad. Sin atreverse a adelantar su hora, hay quienes desean que se anticipe—*Ven muerte tan escondida/ que no te sienta venir,/ porque el placer de morir/ no me vuelva a dar la vida*—. Son esos, deliquios místicos insondables, pozos ciegos, túneles sin luz que el profano no perforará nunca. Y hay también quienes quieren enterarse de qué se mueren, no diré que paladeándolo, porque nada azucarado atenúa ese terrible amargor, pero sí viviendo su muerte minuto a minuto, segundo a segundo, hasta el final. Admiramos su gallardía, su elegancia, su heroísmo. Pienso, eso sí, que las reacciones de los místicos y de los estoicos son poco frecuentes y que la mayoría de los humanos caen extramuros de su enrejado.

Volviendo a los deberes del médico, claro está que cuando el silencio pone en peligro cualquier situación religiosa, familiar, económica sucesora de la muerte, ocultar su inminencia es contraer una responsabilidad gravísima. Pero, descartados esos riesgos, a nada conduce decir la escueta y dolorosa verdad, salvo la insistente y comprobada

petición de parte. Morir en la ignorancia quizá sea aspiración de espíritus pacatos, pero comprensible y, así, añadir a las mortificaciones físicas anejas al trance las morales que trae consigo saber que el fin está próximo puede ser una crueldad inútil. El médico normalmente no tiene por qué informar al enfermo, sino a sus deudos; sólo que hay circunstancias en las que, a falta de ellos, le ha de hablar sin persona interpuesta y bien sabe entonces que el lenguaje que conviene a esas horas dramáticas ha de estar hecho de delicadeza y de bondad. Todo tecnicismo ha de arrumbarse como una carga superflua para volver a las palabras elementales, ya que las nuevas no sirven: sólo valen las humildes y sencillas, encaminadas a proveerle de serenidad, de resignación y de entereza.

Concluyo: *Juan Rof Carballo* entra hoy en una comunidad tan vituperada por unos como ambicionada por otros, que a veces—oh, paradoja—resultan ser los mismos. Creo que hago bien informándole someramente de los atractivos que tiene pertenecer a ella, si bien me parece honesto prevenirle de que la inmortalidad que se atribuye a sus miembros es pura falacia. Hay que pagar el óbolo de Caronte sin que nadie se libre de ese implacable tributo, aunque las estadísticas nos permitan pensar que no se nos exige con demasiada premura. Por lo demás, *Rof Carballo* entra, sí, en una comunidad que es un refugio de cortesía, un ejemplo de convivencia y de mutua estimación, donde los ánimos pueden soliviantarse quizá por defender los perfiles de una acepción cualquiera, pero en ningún caso por los motivos que en la calle empujan a las barricadas. En su curiosa mesa de sesiones, construida, al parecer, por el Hartzenbusch ebanista, y en el cordial tentempié que las precede, las serias divergencias sobre los problemas nacionales que, ¿cómo no?, separan a sus miembros, se diluyen, se esfuman, se reducen a un simple y aséptico comentario tras el cual cada uno infiere, sin tratar de torcerla, la opinión ajena.

Bien venido, pues, a este Instituto que extiende sus raíces por veinte pueblos a los que no les hace falta la traducción simultánea, uno de los pocos en los que más allá de nuestras fronteras no se zarandea a España, ni se disputa su primacía ni, menos aún, se la pone en lazareto. Sus nobles paredes, que cuentan—si no arquitectónica, sí espiritualmente—casi tres siglos, celebran que llegue a ellas persona adornada de tantos valores. El recipiendario expresó su orgullo por la solemnidad de hoy. Sus nuevos compañeros se lo retribuimos con la alegría de verle por derecho propio pisando legítimamente estos viejos estrados.